



ZANGUEBAR.—Entre Mrogoro y Mwhalé. (Pág. 91).

SIRIA.

Carta del P. Enrique Gismondi, de la Compañía de Jesús.

Berito, 9 de noviembre de 1882.

NUESTROS discípulos externos pertenecen generalmente á familias harto poco acomodadas para que puedan subvenir á los gastos de nuestro pensionado y de los otros establecimientos del mismo género. Era preciso, no obstante, alejar de las escuelas protestantes, desgraciadamente muy numerosas en Berito, los jóvenes católicos á quienes sus padres deseaban procurar, con cierto grado de instrucción, una educación sólidamente cristiana, y con este objeto hemos abierto escuelas en tres barrios de la ciudad, esto es, en Ras-Berito, en el Dahhdahh y en el Kirath.

Véase la estadística de estas diversas escuelas:

I. *Ras-Berito*.—Este barrio, de fecha reciente, es como la fortaleza del protestantismo. Allí se encuentran los numerosos establecimientos fundados á porfía por las sociedades protestantes de América, Alemania é Inglaterra. Allí se tiende á cada paso asechanza á la sencillez é indigencia de nuestros pobres católicos, y todo se pone en juego para seducir á los padres y halagar á los niños. No sólo la enseñanza, los libros y otros objetos de clase son completamente gratuitos, sí que además se les paga su presencia en la escuela, y su asiduidad les da derecho al vestido gratis. Más aún: cuando los padres se muestran condescendientes y asisten á la prédica del domingo, se les concede exactamente una pensión mensual. Añadid á esto la difusión de las Bi-

blías y de los folletos protestantes que por todos los medios se introducen en el mayor número de casas posible, y tendréis una idea de la infernal propaganda que aflige á este infeliz barrio y quisiera ahogar en él la fe católica.

Esto nos ha decidido á conservar allí una escuela de niños cuya fundación remonta á los primeros años de la superioridad de nuestro P. Benito Planchet, que murió siendo obispo de Trajanópolis y delegado de la Santa Sede en Mesopotamia. Falta de un terreno que fuese de nuestra propiedad, esta escuela ha tenido que trasladarse repetidas veces. Actualmente su local ofrece dos ventajas especialísimas en un país cálido como Berito, á saber: un patio con suficiente sombra y abundancia de agua. Allí tenemos tres maestros y tres clases, en las que se enseña el francés y el árabe. Desde el primer mes, el número de escolares ha excedido nuestras esperanzas.

Tenemos la satisfacción de atestiguar que esta modesta escuela es estimada y apreciada en el barrio y nos merece la recomendación del público. Estos sentimientos se manifestaron de una manera conmovedora con ocasión de la solemnidad que cerró el último año escolar. El Padre Rector de nuestra universidad de San José que la presidía de derecho y los Padres que formaban su cortejo, quedaron admirados del contento que demostraron los padres. Los niños leyeron muchas composiciones en prosa y en verso, y representaron con trajes originalísimos un drama árabe que preparó el maestro principal. El reconocimiento de los padres estalló sobre todo después de la solemnidad.

Ocioso es decir que la instruccion religiosa ocupa el primer lugar en la enseñanza, pues así es como se inclina insensiblemente á los niños á los hábitos de la vida cristiana y se les previene lo más posible contra las doctrinas heterodoxas y los pérfidos asaltos de sus vecinos protestantes.

II. *Hhai Dahhdahh*.—Este barrio, próximo á nuestra universidad de San José, es habitado especialmente por los católicos, y allí en un local que poco há nos pertenece, hemos abierto dos clases de árabe y tres de francés. Con el estudio de esta lengua los orientales pueden generalmente colocarse en almacenes, escritorios, farmacias, y emplearse como trujimanes de los viajeros de Europa, que abordan en Siria, y aún ingresar en una oficina telegráfica.

Atendida la proximidad á la bella y hermosa iglesia de nuestra universidad, los cinco maestros del Dahhdahh acompañan á sus discípulos á oír la santa Misa los domingos y días festivos, y todos los meses al santo tribunal de la Penitencia.

Un jóven sacerdote maronita, educado por nosotros, hace las funciones de subdirector de esta escuela y ejerce día y noche la más exacta vigilancia sobre los niños que la componen.

III. *Hhai-el-Kirat*.—Este es el barrio más agradablemente situado, en el que hemos establecido nuestra universidad de San José, y en el que se levantan por todos lados hermosas y ricas casas que lo convertirán luego en el más hermoso barrio de Berito. Muy cerca de la universidad, hemos fijado este año la importante escuela de Hermanas indígenas. Habiendo tenido que evacuar la antigua residencia que habitaban, desde la inauguracion de nuestro establecimiento, estas buenas Religiosas no tenían ya capilla, y debían hacer un trayecto bastante largo para asistir á los divinos Oficios en nuestra iglesia. Era, pues, urgente, aproximarnos esta escuela, lo que hemos conseguido há poco alquilando una espaciosa casa propiedad de un griego cismático.

En ella tenemos tres clases de árabe y una de francés, contando las tres primeras unas 200 alumnas, y la cuarta 80, cifra considerabilísima para un barrio poblado en gran parte por griegos cismáticos. Gracias á la admirable abnegacion é inteligencia de nuestras Hermanas árabes, estas cuatro clases marchan á pedir de boca. La piedad domina allí, facilitando singularmente la tarea de las maestras. Basta oír la oracion de esas alumnas para comprender que sus súplicas salen del corazón y proceden de un vivo sentimiento de fe. Generalmente las niñas orientales son inteligentes, aplicadas, y revelan mucho gusto y aptitud para los trabajos manuales.

Lo que nos conduce sobremanera es no poder corresponder á la viva solicitud con que los griegos cismáticos de la vecindad nos ofrecen sus hijas, y á las instancias que nos hacen para su admision inmediata en nuestras escuelas, pues hasta ahora nos vemos obligados á no admitirlas sino despues que han entrado todas las discípulas católicas. Una jóven, cismática, que su madre presentaba por segunda vez, lloraba á lágrima viva oyendo que la Hermana Superiora protestaba de su buena voluntad, añadiendo que no le era posible admitirla desde luego en su escuela. La jovencita se volvía desolada hácia su madre, diciéndole con voz entrecortada por los sollozos:

—Madre, yo quiero venir aquí, yo quiero orar aquí.

Entre nosotros no se canta *Sancta Maria, Sancta Dei Genitrix*. Aquí hay la buena oracion.

No hay que decir cuánto conmovió á la Superiora semejante lenguaje, y si tuvo que hacer sobrehumanos esfuerzos para no acceder á las súplicas de la madre y de la hija.

Nos vemos obligados á desear que el propietario de la casa nos ceda una especie de caballeriza que con algunas reparaciones podría transformarse en clase. Empero el local no sería suficiente aún, y además nos faltaría una Hermana que pudiese encargarse de la nueva clase: aquí está la más seria dificultad. Con todo, confiemos. Dios no ha colocado sin elevado designio esta escuela en medio de los cismáticos, y esperamos que moverá á algunas almas buenas á que nos ayuden á hacer bien á sus hijas, que lo son de la Iglesia católica por el Bautismo, y no están ciertamente separadas de ella por una adhesión formal al cisma ó á la herejía.

Tenemos también que contrabalancear y quisiéramos reducir á la nada la fatal influencia de una escuela protestante para niñas que una señora inglesa consiguió establecer en nuestro barrio antes de la apertura de la universidad. Como apenas atrae sino las niñas cismáticas, caería por sí misma si pudiésemos retirar á estas pobrecitas abriéndoles de par en par nuestras escuelas de Hermanas.

No puedo resistir al placer de citar en esta memoria algunos rasgos en que se manifiesta el buen espíritu que anima á la generalidad de nuestras discípulas.

Una Hija de María distinguida con un cargo en la Congregacion, ayudaba á su madre cierto sábado en las tareas domésticas, cuando de pronto prendióse fuego á su delantal. Al ver esto la niña se asusta, y la madre da grandes voces sin saber cómo acudir en socorro de su hija. Mas instantáneamente ésta recuerda que trae al cuello una medalla de la santísima Virgen, y cogiéndola con la mano temblorosa, exclama:

—¡Oh Virgen, sálvame en este día que te está consagrado!

Su plegaria fué al momento oída. La llama que subía con rapidez, se detiene de repente y se extingue por sí misma. Y lo más asombroso es que el vestido de la jóven quedó también intacto, como pudieron advertirlo las Hermanas al volver la discípula á la escuela. Debemos manifestar que la jovencita es muy piadosa y comulga con mucha frecuencia, y este accidente la ha hecho aún más fervorosa y devota de la santísima Virgen.

Una discípula pequeñita era el tormento de su familia por la violencia de su carácter, su indocilidad y continuas querellas con sus hermanas. Sus buenos padres nada omitían para corregirla; pero todo era trabajo perdido. Empero se acercaba la época de la primera Comunión, y abrigábase la confianza de que este sublime acto produciría en ella el cambio tan deseado. Tratóse primero de inscribirla en el número de las discípulas que iban á ser preparadas próximamente, de lo que se mostró la niña harto más contenta cuanto temía mucho no ser admitida y que se la juzgase indigna de tal gracia. Esto fué el principio de la conversion. Tomó gusto á la explicacion del catecismo y á las piadosas reflexiones de que iba acompañada. Dios le hizo la gracia de comprender la grandeza del acto á que se la preparaba, y las buenas disposiciones que necesita el alma para recibir dignamente el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo. Este pensamiento la conmovió é hizo entrar en sí.

Desde entonces concibió vivo horror al pecado y su carácter se suavizó considerablemente, cesando las quereñas y desobediencias en casa. Al volver de la escuela se retiraba con una de sus hermanas á un aposento separado, y hacia con ella largas oraciones. Fué admitida á la primera Comunión, y desde entonces todos reconocen unánimemente que se ha verificado en ella un cambio completo y maravilloso.

Otra de las más jóvenes discípulas era piadosa y se distinguía en la iglesia por su compostura; pero no tenía facilidad para el estudio. Como se lamentase un día con la maestra de su falta de memoria é inteligencia, la Hermana le sugirió que se encomendase á san José y le prometiese una pequeña ofrenda. Pues bien, el mismo día que hizo su promesa, la maestra advirtió que había aprendido mejor la lección y que tenía más claro conocimiento. Hízole observar al momento este cambio, y la niña contestó con la mayor sencillez:

—Estaba bien segura de que mi mente se ensancharía así que hiciese el voto á san José.

¡Qué fe y qué conmovedora confianza!

Tres alumnas estaban en penitencia por una falta común, y queriendo la maestra perdonarlas, les dijo:

—Confesad sinceramente vuestra falta, y guardaos mucho de mentir; pues el Señor lee hasta el fondo de los corazones.

Declararon entonces la verdad, y les fué levantada la penitencia en recompensa de su sinceridad. Pero cuando la Hermana les dijo que su falta, aunque perdonada, las hacía indignas de ser admitidas entre las Hijas de María, arrancaron en lágrimas, pidiendo que no se las privase de semejante dicha.

¡Cuántos rasgos de este género pudiera citar si no me lo impidiese la falta de tiempo! Concluiré, pues, con breves palabras acerca una jóven de veinte años que encuentra aún cada día medio de pasar algunas horas en nuestra escuela. Todos admiramos su piedad, y no puedo pasar en silencio lo que ha confesado recientemente á una de las Hermanas. Esta jóven comulga con tanta frecuencia como le es posible, y en los días de comunión es tanta la dicha que la inunda que no puede tomar alimento alguno. La Hermana exhortóla á cesar en un ayuno que pudiera ser perjudicial á su salud, á lo que contestó con la mayor sencillez:

—¿Qué le hacer, Hermana mía? cuando he recibido la santa Comunión no tengo apetito y el alimento me repugna.

¡Alma feliz! ¡Dígnese el Señor conservarla y aumentarla siempre más en su santo amor!

Carta del P. P. Duvernay, misionero de la Compañía de Jesús.

Damasco, 15 de noviembre de 1882.

NE cabe la satisfacción de atestiguar que nuestras tres clases de niñas que por falta de lugar no pueden recibir mayor número de discípulas, cuentan tantas como el año pasado, á pesar de que las circunstancias impidieron á las Religiosas árabes abrir las escuelas en la época ordinaria.

No podemos menos de bendecir al Señor por el espíritu que reina entre las 130 discípulas, por su docilidad, piedad y aplicación y por el cariño que profesan á sus maestras. Durante las vacaciones muchas de esas

niñas van á pasar largas horas con ellas, en las que encuentran verdaderas madres. Aun terminados los estudios, les hacen frecuentes visitas y toman parte en todas las fiestas de la escuela, mostrándose constantemente respetuosas con las Hermanas, las que aprovechan esas buenas disposiciones para prevenirlas contra los peligros del mundo.

Prueba conmovedora de la piedad de las jovencitas, es la solicitud con que adornan el altarcito de sus clases para el mes de María, del sagrado Corazón de Jesús y de san José; el celo con que se imponen una cotización para comprar flores, velas y otros objetos, y piden aceite á sus padres para conservar encendida una lámpara en este altar que en árabe llaman *Samdhet*. Algunas hacen á sus expensas bordados y trabajos de crochet destinados al adorno de su querido *Samdhet*.

Tales son los principales resultados obtenidos hasta hoy por la escuela de las Hermanas árabes, y que hacen desear el desarrollo de tan buena obra. A continuación transcribo algunos rasgos edificantes, sencillos, sí, pero que muestran las excelentes disposiciones de las tiernas alumnas.

F... asistía cierto día á una conversación de su padre con un sujeto que había retirado bruscamente sus dos hijas de nuestra escuela para inscribirlas en una de protestantes que todo lo dan gratis á las niñas y aún á veces una subvención mensual. El personaje en cuestión trataba de hacer propaganda para la nueva escuela á que iban sus hijas, y exhortaba vivamente al padre de F... á que enviase á ella su hija. Esta, que es viva de genio, indignada de tal propuesta contestó:

—¿Por qué quereis que vaya á esa escuela? ¿Creeis que valga más que la que frecuento? Yo no lo creo, y aún sé lo contrario. No abandonaré mis maestras para ir á vuestra escuela protestante. Luego veremos si vuestras hijas aprenden mejor en la escuela de los ingleses, que es la del demonio.

Este exabrupto inesperado desconcertó al sujeto en cuestión, que no supo qué oponer, y complació mucho al padre de la niña, que dijo á su interlocutor:

—Ya veis que mi hija no quiere á ningún precio ir entre los ingleses.

Ahora se trata de otra niña, llamada Mariam y apenas de siete años. Cierta día trabajaba en casa de sus padres un colchonero musulmán, y aquella trabó conversación con el infiel acerca el capítulo de religión, dirigiéndole á quemaropa esta pregunta:

—¿Quién te creó?

—Me creó Alá, contesta el musulmán mirándola asombrado.

—¿Y para qué te creó? insiste la niña.

—No lo sé, contesta el infiel.

—¿No lo sabes? pues bien, yo sí que lo sé. Dios nos creó para conocerle, amarle, servirle y por este medio ser herederos de su reino.

Esto es á la letra lo que dice el catecismo; pero no se contentó con ello, y quiso sacar una conclusión; así es que prosiguió:

—Vosotros no sabeis sino jurar por Dios; sin cesar decís: ¡Por Dios! ¡por Dios!

Su interlocutor desconcertado trató de desviar la conversación, y preguntóle de quién era hija, á lo que ella contestó:

—De la Iglesia una, universal, santa, apostólica y romana. Además soy maronita, y tal Cura me bautizó.

—¿Cómo distingues tú el mahometano del nazareno (cristiano)? pregunta el musulmán.

—Por la señal de la santa cruz, contestó vivamente la tierna María, que se santiguó en el acto gravemente, pronunciando las palabras.

No hay que decir si esta escena contentó á su madre que estaba presente.

Malaké sólo tiene, como María, siete años: su pequeño rostro es angélico y sus maneras suavísimas. Desde que ha sabido por su maestra que tiene su ángel para guardarla, está llena de afecto y de respeto por el celeste custodio. Cierta día aquella le dijo:

—Malaké, hoy ofrece tu trabajo al ángel de tu guarda, observando el silencio.

La niña obedeció; permaneció silenciosa cuatro horas, trabajando como si se hallase sola con su santo ángel, y mirando de vez en cuando á derecha ó á izquierda como para contemplarle.

Es de notar que uno de los veteranos de nuestra Misión, el P. Abougít, compuso y publicó el año último un hermoso mes de los santos Angeles custodios, del que nos servimos para consagrar al culto de estos bienaventurados espíritus los treinta y un días del mes de octubre.

Terminemos por J. B., que es ya una jóven de diez y siete ó diez y ocho años. Su familia griega cismática le había permitido frecuentar la escuela de las Hermanas para perfeccionarse en el árabe y en los trabajos de la aguja y crochet. Luego tomó gusto á la piedad, que era para ella cosa nueva, y se complacía oyendo la explicación del catecismo, asistiendo á la santa Misa y á todos los ejercicios religiosos que se hacen en nuestra capilla: espontáneamente cesó de poner el pié en la iglesia de su rito, y cuando su familia le impidió venir á nuestra capilla, prefería quedar sin misa antes que asistir á la de un sacerdote cismático. Católica de corazón, hubiera querido poder confesarse y comulgar entre nosotros á escondidas de sus padres, de quienes temía, y con razón, oposición declarada y aún tratamientos violentos. A pesar de que no la pudimos satisfacer acerca este punto, no se desalentó lo más mínimo ni se modificaron sus excelentes disposiciones. Aun después de su salida de la escuela, continúa visitando á las Hermanas y sus discípulas, asistiendo á nuestras misas y absteniéndose de toda comunicación *in divinis* con los griegos cismáticos. Siente grande inclinación á la vida religiosa; mas esta vida no existe realmente en los conventos cismáticos y no está en su mano buscarla entre los católicos. Convencida de que su familia lo pondrá todo en juego para casarla, está decidida á no dar su mano sino á un católico, cuya creencia profesaría ostensiblemente.

Esperamos que la misericordiosa Providencia sostendrá esta alma y la ayudará á vencer las graves dificultades que se oponen á su entrada en el seno de la Iglesia.

ANAM.

Carta del P. Félix de Fuentes, del Orden de Predicadores.

Tong-king, 1882.

EN este mi distrito hay terreno para trabajar y para desmontar, y esperanzas de buen fruto; lo que faltan, son brazos. Yo hasta ahora apenas puedo ir á ninguna parte, ya por mil ocupaciones imprescindibles, ya por no conocer bien el ter-

reno, y no saber aún á dónde debía dirigirme antes. Este año ya estoy desocupado, y conozco ya á la gente, y ésta me conoce á mí; así que podía y tenía determinado ir á predicar por los alrededores; pero según noticias estoy para mudar de partido, y otra vez tengo que ir al puerto de Hai-Phaong á bregar con aquella soldadesca francesa. Siento en el alma el tener que dejar este mi querido distrito, en el que estoy hace ya tres años y medio, y casi me asusto de acordarme de aquel infierno de Hai-Phaong en donde ya estuve antes dos años; pero Dios lo dispone así y tengo que conformarme.

Cualquiera que haya estado en este distrito un poco de tiempo, y se haya enterado bien de las costumbres de estos cristianos, no podrá menos de sentir el tener que separarse de ellos. Por mi parte puedo asegurar que estuve ya en casi todos los partidos del vicariato; sólo me faltan dos y sólo uno me gustó tanto como éste. Da gusto realmente el ver cómo frecuentan los santos Sacramentos; el cuidado en asistir á misa aunque estén lejos, y el deseo que tienen de vestir el hábito de la Tercera Orden: en tres años le vistieron más de ciento.

La fiesta del santo Patron del pueblo, aunque no es de obligación, la miran por aquí con grande respeto, procurando siempre buscar al sacerdote para que vaya á decirles la misa. Es también costumbre general en todo el partido, así como raro en las demás del vicariato, el pedir en dicho día muchas vigiliias por sus antepasados.

La plaga del opio, que tanto se extendió por el Tong-king, aún entre los cristianos, apenas ha entrado todavía en este partido, en el que sólo hay dos ó tres que fuman, y éstos están actualmente haciendo esfuerzos para enmendarse.

Tiene el partido cerca de 3,000 almas, y creo que no llegan á 10 los que abandonan la confesión anual. Varios hay, es verdad, que viven distraídos con consortes infieles por los pueblos de estos alrededores; pero son gente de otros partidos. Muchos se han compuesto ya; pero aún quedan.

En lo que este partido no llega aún á otros varios es en bautizar á niños hijos de infieles, aunque anualmente bautizan un buen número de ellos. Tengo aquí un pequeño huerfanato en que en los tres años que llevo en este distrito, aquí se recogieron cerca de 90 niños infieles.

El carácter de la gente de por aquí es mucho más dócil que en otras provincias, y creo que aman más al misionero. Siempre que me ausento de casa como medio mes, á la vuelta vienen primero los principales de este pueblo á visitarme, y luego van viniendo casa por casa los principales de los pueblos cercanos, y siempre traen sus regalitos de arroz, gallinas, frutas, etc. Por entre año ya se sabe que han de traer las primicias de todos los frutos; y aunque en casa no tengan, van á comprar para cumplir con esa ceremonia que ellos miran como muy esencial.

En el año pasado y en 1880 el tigre no cogió tantos hombres como otros años; en 1881 cogió cuatro solamente. En este año de 82 aún no ha cogido ninguno.

Ya que hablo de esto, referiré una gracia que acaba de hacerme á mí la santísima Virgen el mismo día de su fiesta de *Auxilium Christianorum* en el mes pasado.

Á eso de media mañana vinieron á decirme que un tigre muy grande acababa de entrar en una cristiandad á un cuarto de hora de aquí.

Llamé en seguida á todos los cazadores de este pueblo para que saliesen á espantarle; pero como iban de mala gana, yo tuve que ir delante con fusil ya cargado; y al llegar al pueblo, el tigre se metió dentro de un pequeño bosque en donde no lo veíamos. Creídos que estaría en el centro del bosque, íbamos por afuera sin cuidado (aunque yo llevaba el gatillo del fusil ya levantado), y cuando menos lo pensábamos, oímos que dió un bramido espantoso á mi derecha, y á eso de dos ó tres metros de distancia: en seguida volví la cara y el fusil hacía aquella parte; pero antes que tuviera tiempo de disparar, ya se me había echado encima, y mordiéndolo haciendo trizas la parte anterior de la caja del fusil, é hincando sus terribles dientes en el cañon como si le hubieran limado.

Al morder dió un empuje terrible y me echó á tierra, visto lo cual un muchacho de catorce años, que iba junto á mí, sin más armas que la vaina de una espada, le dió un golpe, y en seguida se escapó al bosque. Yo sólo atribuyo á una gracia singular de la santísima Virgen el que no me haya tocado ni hecho el más mínimo daño, pues el tigre era de formas más que ordinarias; al echárseme encima, todos los que me seguían se asustaron y retrocedieron, quedando sólo junto á mí un muchacho de catorce años; mordiéndolo la caja del fusil á un decímetro de la mano, sin que la haya tocado, y aún despues de haberme caído que era más de temer que me hiciera daño, se escapó en seguida. Todos, tanto cristianos como infieles, lo atribuyen á milagro; aunque estos últimos lo atribuyen á su modo, pues dicen ahora que por ser yo un espíritu, no me mordió.

Dicho tigre persiguió y mordió á dos personas en aquel día: á uno que es ahora catecúmeno le mordió en la palma de la mano y se la atravesó toda; á otro infiel le puso las dos manos en medio de la espalda y con sus terribles uñas le rasgó y despedazó toda la espalda.

Despues de algunos días encontraron al tigre muerto en otro bosque.

ÁFRICA OCCIDENTAL.

Carta del P. Augouard, misionero del Congo, á su superior general.

San Antonio del Congo, 12 de noviembre de 1882.

HABEIS leído ya la relacion de mi viaje á Stanley-Pool, y es inútil hablar nuevamente de él. Séame tan sólo permitido decir que esta situacion es admirable y la verdadera llave del misterioso continente. Desde dicho punto se tiene, para penetrar en él, una via magnífica con varias ramificaciones, de las que la principal conduce á los grandes lagos descubiertos por Grant, Speke y Livingstone. En efecto, si treinta y dos cataratas contrarian la navegacion en el bajo Congo, una via fluvial suave y tranquila de 400 ó 500 millas se ofrece en seguida al viajero, que encuentra en su camino las embocaduras de gran número de rios, y entre ellos el Coanza y el Casai.

La empresa de esta Mision es á la verdad difícil y peligrosa, á causa de las tribus turbulentas con las que se deben tener continuas relaciones; pero no podemos quedar á la zaga de los viajeros, de los protestantes y mercaderes. Así espero con la mayor impaciencia la hora deseada en que pueda ir á plantar á lo lejos, en el inte-

rior, el estandarte de la cruz, origen de la verdadera libertad y civilizacion.

Y tenemos tanta mayor confianza en el porvenir cuanto los europeos que explotan estas comarcas nos han prometido el apoyo material, lo que no deja de ser un poderoso auxiliar en el principio de una obra que se ha de establecer en estos países salvajes.

En Stanley-Pool mismo, el Sr. Stanley me recibió con la mayor cortesía, prometiéndome ayuda y proteccion. En el mes de julio último, encontrándome en Mboma cuando el ilustre viajero volvia del interior para ir á Europa á restablecer su salud quebrantada, le hice una visita con el P. Carrié. Tuvo la amabilidad de permitirme la reposicion de víveres en sus diferentes puestos y dió al efecto las correspondientes órdenes. Abrigo la mayor confianza en el porvenir, pues conozco muy particularmente á los oficiales belgas distinguidos que mandan las estaciones y las caravanas, y á quienes hemos tenido ocasion de prestar algunos servicios.

El Sr. de Brazza, por su parte, me ha concedido el rico terreno que le habia designado, y además, como testimonio de su simpatía, me ha ofrecido su magnífico fusil de trece tiros. El gobernador del Gabon me escribió por sí mismo que siempre favorecería el establecimiento de una Mision católica en Stanley-Pool. Todo esto es debido á que, por experiencia, estos señores comprenden perfectamente que nada sólido ni durable puede hacerse sin la Religion. Supliquemos, pues, ardentemente al Señor que bendiga nuestros esfuerzos y que aleje los obstáculos que pudieran contrariar la estacion de San José de Stanley-Pool.

Entre tanto trabajo con ardor en la restauracion de la Mision de San Antonio. Esta Mision, en otro tiempo floreciente, fué privada de todo auxilio religioso á principios del presente siglo, á causa de la Revolucion. Un solo anciano, de 110 años por lo menos, se acuerda aún de haber sido bautizado por los Capuchinos, y ha permanecido como la tradicion viviente de la fe en estas infelices comarcas.

El pueblo en que estamos establecidos se compone de esclavos libertados por dichos Religiosos, que se han ido multiplicando sin que nunca se hayan mezclado con los otros negros del país; tan extremada es en ellos la susceptibilidad de casta y condicion. Estos esclavos libertados se apellidan todavía al presente *Gentes de la Iglesia*, y son respetados en el país. A ellos está encomendada la custodia de los objetos que han resistido al tiempo y á la guerra, y conservan aún con grande veneracion los crucifijos, incensarios, navetas, cálices de plata, imágenes, arcas, libros, campanas, ornamentos, etc., que dejarón los Capuchinos á su partida. A pesar de la prolongada ausencia de misioneros, se han reunido constantemente todos los domingos para cantar las oraciones, y el sacristan nunca ha dejado de tocar el *Angelus* mañana y noche.

Fácilmente se comprende que, entre esos negros poco instruidos, debió introducirse algun tanto el fetiquismo en sus prácticas religiosas. Así es que atribuyen á las *Gentes de la Iglesia* la potestad de hacer llover: cada año se celebran sin fin de ceremonias en la época en que han de empezar las lluvias, pues cuando éstas tardan tres ó cuatro meses, reina el hambre entre ellos. Los negros son excesivamente imprevisores, y bailan más que trabajan. No es extraño, por lo tanto, que uno de nuestros misioneros dijese con razon: «Durante el

dia los negros duermen; mas así que se pone el sol toda el África baila.»

Después de las ceremonias anuales, si no llueve se echa mano del medio supremo. Delante de todos los príncipes reunidos bajo la presidencia del rey, y en presencia de multitud de pueblo, se saca de la iglesia en ruinas el gran crucifijo de plata. Por respeto al sagrado objeto, ni el rey puede sentarse en una estera: todos se colocan en el desnudo suelo, y le dirigen súplicas durante dos horas enteras: si la lluvia no viene, se deja el crucifijo en el exterior con una guardia vigilante hasta que son atendidos sus votos. En esta ceremonia se sirven también del agua bendita; pero á veces el sacristan emplea aguardiente para dar, como dice, mayor valor á las oraciones. Inútil es añadir que el astuto compadre sustituye luego diestramente con agua sola el *agua de fuego*, la que hace más tarde las delicias de los iniciados en el secreto.

No obstante esta singular introducción del fetiquismo, puede muy bien advertirse las profundas raíces que la religión católica había echado en estos pueblos.

La tribu de Massorongos, en medio de la cual permanece, es excesivamente turbulenta y dada al robo, y frecuentemente tendríamos que deplorar catástrofes, sin el miedo terrible que tienen á los *hombres de Dios*. Por la razón más fútil hacen hablar la pólvora, y á menudo se declara la guerra con el solo objeto de parecer más fuertes que sus vecinos. Por fortuna, estas guerras no son muy peligrosas y se limitan á una decena de heridos; pues un partido está obligado á pagar por la sangre que ha hecho correr en el campo enemigo, cualquiera que sea, por otra parte, el éxito del combate. Así, cuanto más nutrida es la fusilería, menor es el número de muertos, pues se tira por miedo y para advertir al enemigo que no se acerque por aquel lado. A veces, sin embargo, combaten con ardor para alcanzar la victoria; testigos los numerosos cañones que poseen y que tomaron en otro tiempo á los portugueses.

Son inexorables por la sangre derramada; quiero decir, que la hacen absolutamente pagar; pero si se satisface con largueza no se es inquietado para nada. Su susceptibilidad acerca del pundonor no está muy desarrollada. Así es que cierto día, á falta de otra satisfacción, ví que un marido se hacía pagar la muerte de su mujer casándose sencillamente con la del matador.

El objeto más insignificante excita su codicia, y lo malo es que están íntimamente persuadidos de que la riqueza del blanco es inagotable, y que cuando no da es por mala voluntad. Educamos á sus hijos, les damos alimento, vestido, albergue y todos los cuidados intelectuales y morales. Pues bien, se habían puesto en la cabeza que debíamos satisfacer una gratificación á cada niño y á sus padres.

Cierto día un médico cuidaba á un niño enfermo de peligro; el doctor le trató con toda solicitud, y al salir de la cabaña pidió agua para lavarse las manos: ¿creeréis que la madre del enfermo tuvo la audacia de pedir retribución por este servicio? El doctor, que no se creyó sin duda obligado á todos los consejos de la caridad evangélica, administró á la mujer algunos palos, de los que no se dió por agraviada ni mucho menos.

Los negros mendigan siempre y sin cansarse. Uno de ellos, á quien yo reprendía, contestó:

—Si nada se pide, el blanco nada dará; si se pide, tal vez tampoco dará nada; pero si da, siempre será ganancia.

El razonamiento, como se ve, no era del todo malo.

Ahora estoy en excelentes relaciones con el rey Kokulu, aunque estuvimos malquistados durante algún tiempo, con ocasión de lo que voy á referir. El reverendísimo Padre Prefecto apostólico del Congo le había hecho presente de una hermosa piragua. Su Majestad pretendía que era harto pequeña, y quiso tener la mía que era mayor. Como es de suponer, no accedí á su capricho, y entonces pretendió que le había insultado y amenazó quitarme la vida. Con todo logré hacerle entender lo absurdo de su conducta; me dió sus excusas por medio de sus embajadores, y por fin vino á verme personalmente.

Cierto día, á causa de los reproches que dirigí á un negro que me había engañado, más de 300 hombres, armados con fusiles y cuchillos, se ocultaron en las malezas y rodearon la residencia, con intento de pasarlo todo á sangre y fuego. Entonces salí con un palo y me dirigí hácia el grupo más próximo. Al instante los guerreros emprendieron la fuga con toda la ligereza de sus piernas, como una bandada de gorriónes, tan grande es la influencia que sobre ellos ejerce el misionero. El rey á esta noticia envió su propio hijo para pedirme perdón en nombre de los culpables, quienes me trajeron seis gallinas para apaciguar mi enojo. Quise rehusar el presente, haciéndoles comprender que el insulto no podía repararse de este modo, pero insistieron tanto, que acepté, prometiendo olvidarlo todo. Desde aquel día son mis mejores amigos.

Otra costumbre que les es común con todos los negros del África, es la prueba del veneno y del fuego, que hacen sufrir á los acusados de alguna falta, por ejemplo, de haber comido el alma de un muerto. Si el inculcado es rico y da muchos presentes al fetiquista, éste prepara una ligera dosis de raíz de árbol que hace vomitar al paciente, quien se encuentra así lavado de la acusación; pero si el acusado es un esclavo ó un infeliz que nada tiene que regalar, el hechicero le administra una fuerte dosis, y de esta suerte el negro muere envenenado y se hacen pedazos de su cuerpo.

La prueba del fuego es más difícil de explicar; pero sea el que fuere el medio que emplean, lo cierto es que saben preservar la piel desnuda de la quemadura de un hierro rojo que á ella aplican.

Desconocen enteramente la prueba del agua, y es probable que nunca hayan sabido dominar este elemento.

Por lo dicho se comprende claro que nuestros feligreses no son precisamente unos santos, y como si con esto no hubiera bastante, á veces los tigres, ó mejor los leopardos, vienen hasta frente de nuestra cabaña y nos arrebatán la volatería.

Otro obstáculo, finalmente, se atraviesa en nuestro camino, y este es el protestantismo. Los ministros han puesto en juego medios extraordinarios para instalarse en Nemlao, en la orilla derecha del río y á su embocadura. Sin embargo, á pesar del lujo de sus recursos, sus esfuerzos han sido completamente estériles, y los herejes, arrojados de este punto del que esperaban hacer su plaza fuerte, se han visto obligados á remontar el río y establecerse en un sitio absolutamente desfavorable, tanto á la salud como á sus proyectos de establecimiento grandioso.

Hace quince días fuí á visitar á los cristianos de Nemlao, y mi pobre y pequeña piragua, balanceada como

cáscara de nuez en medio del terrible río, se cruzó con sus embarcaciones de príncipes. Oré por esos infelices extraviados que gastan en pura pérdida tan considerables sumas; pero no envidié su lujo y sus comodidades. Mi viaje en piragua duró de diez á doce horas, cinco de ellas entre raíces de paletuvios y á través de caminos que únicamente los salvajes pueden reconocer. Si el viaje de ida fué feliz, el de vuelta faltó poco para ser funesto. A media noche fuí cogido entre rompientes, en medio de las cuales la piragua estuvo detenida una hora entera sin poder desprenderse. Despues de salir de este mal paso, tuvimos una lluvia torrencial, que recibimos en hombros durante once horas consecutivas. Cruzando la gran corriente del Congo, el viento estuvo á punto de hacer zozobrar cincuenta veces la piragua que estaba la mitad llena de agua. Finalmente, gracias á Dios llegamos á la Mision sanos y salvos, pero mojados de lo lindo y habiendo estado veinte y cuatro horas sin comer. Con algunas variantes, este viaje se repite casi todos los meses.

Si hablo de tales peripecias, es para probar una vez más que lo que Dios guarda está bien guardado, y que nunca hay que arrepentirse de abandonarse en brazos de la divina Providencia.

A pesar de todos los esfuerzos del demonio, que se nos opone con todas sus fuerzas, ¿somos por ventura infelices? Verdad es que no tenemos comodidades, y á veces ni siquiera lo necesario; pero lo que forma nuestro mayor consuelo es trabajar en la salvacion de las pobrecitas almas abandonadas. A menudo cuesta muchísimo convertir á un solo adulto, y el bien se hace lentamente y con trabajo, pero en fin se hace, y nuestro más grande gozo es el de regenerar en las aguas del bautismo á esos desventurados negros, que se convertirían en crecido número si nuestros recursos nos permitiesen tener más obreros apostólicos y desarrollar nuestras obras.

Otra de éstas muy consoladora y digna de interés es la del rescate de los esclavos. Las caravanas que vienen del interior para llevarse los productos de la costa tienen necesidad de hombres que carguen los paquetes, y los corredores nada encuentran tan cómodo como comprar esclavos, y al llegar al litoral recogen doble provecho vendiendo portadores y productos indígenas.

Algun tiempo há rescaté un niño conducido á la costa, y me tenia tanto miedo que no podia acercármele sin excitar su espanto, que se traducia en terribles gritos. Por lo que oyó en su país, creia el pobrecito que yo le había comprado para comerlo. ¡A la verdad me era poco lisonjero ser tratado de antropófago por el tierno salvaje! Supe que procedia del mercado de Omfoa (Stanley-Pool): le hablé de su país y de los pueblos que yo conocia: luego se suavizó, y fué uno de nuestros mejores niños.

A pesar de la repugnancia que experimentamos en comprar estas infelices criaturas humanas, que hay que mercar como se haria con un buey ó un carnero; nos es preciso hacerlo por su bien, á fin de sacarlos de su estado realmenté deplorable. Los niños así rescatados se convierten en buenos cristianos, y aún despues de su partida de la Mision conservamos sobre ellos cierta influencia de la que nos servimos para mantenerlos en el recto camino.

Los niños que frecuentan nuestras escuelas manifiestan buenas disposiciones, y escuchan atentamente las

lecciones que les damos. Evidentemente todo no es perfecto, máxime entre los negros; pero en fin, con paciencia y perseverancia, se puede hacer mucho bien entre esos negritos cuando se les toma desde su tierna edad. Consagramos todos nuestros desvelos á esta obra, pues es la base de la Mision y la más importante. Empleamos el tiempo por igual entre los trabajos intelectuales y los manuales, y entre los últimos nos consagramos con preferencia á la agricultura, que en estos países seria rico manantial de beneficios para los indígenas si no fuesen tan perezosos.

Recientemente hemos hecho la distribucion de premios, consistentes principalmente en libros, rosarios, crucifijos, cucharas, tenedores, hilo y alfileres, cuchillos, camisetas (esto es aquí un verdadero lujo), etc. Se nombra á los laureados, y cada uno se acerca por turno á la codiciada mesa á elegir el objeto que mejor le conviene. Es una escena verdaderamente interesante y que para nosotros vale tanto como la distribucion de premios en una universidad europea con acompañamiento de discursos en latin y de pomposas frases acerca la importancia de los métodos. Amamos á nuestros niños y ellos nos aman; esta es la mayor recompensa que podemos ambicionar.

Antes de terminar os diré breves palabras acerca nuestra Comunidad de San Antonio. Mi aposento de 4 metros por 5, ha servido durante tres meses de sala común, de almacén, de bodega, de granero, de enfermería, de lencería, de carpintería, etc. Ofrecia el aspecto más extravagante, especialmente con la presencia de los murciélagos que tapizaban el plafon de mi domicilio. Un viejo fondo de piragua, clavado sobre dos estacas, formaba mi mesa, que me hacia veces de silla, y por la noche quedaba transformada en lecho. Respecto á ventanas no hay que hablar; y por otra parte hubieran sido perfectamente inútiles, puesto que las paredes de bambú hacian el oficio de simple reja, y en los dias de lluvia me veia obligado á abrir el paraguas para proteger mis archivos. Juzgad lo que seria durante la noche. El régimen alimenticio corria parejas con lo referido; pero el agua la teníamos á discrecion, y justo es confesar que es excelente, y en los dias de fiesta un poco de vino de palma. Lo que me faltaba era un compañero; éste vino en diciembre de 1881, y luego nos instalámos en construcciones algo más regulares y cómodas.

Nuestra reducida Comunidad se compone del P. Tassel y del H. Savinien, quien trabaja por cuatro, y de vuestro humilde servidor.

No obstante mis viajes y trabajos continuos, mi salud, gracias á Dios, se ha conservado siempre vigorosa. En efecto, á pesar de las fatigas inherentes á la vida del misionero en estos climas febriles, nunca he tenido que guardar cama un dia entero en los cinco años que estoy en Africa. Sin embargo, comprendo que tengo necesidad de mayores cuidados que en otro tiempo.

CRÓNICA.

España.—De una comunicacion dirigida por el ilustrísimo y reverendísimo Obispo de Orihuela con fecha 21 de febrero al Presidente del Consejo de Ministros sobre tristes sucesos ocurridos en Alicante, copiamos lo siguiente:

«Excelentísimo señor: Con el corazón lacerado, tengo hoy el honor de dirigirme á V. E., denunciándole una serie de sucesos altamente escandalosos ocurridos en estos últimos días en la capital de Alicante.

«Cerciorado del menoscabo que habían sufrido la instrucción religiosa y cristianas costumbres en varias de las poblaciones confiadas á mi solicitud pastoral, envié seis Padres á Alicante para que simultáneamente predicasen en tres de sus iglesias, facilitando así la concurrencia del pueblo. Pero antes de que se personasen en dicha capital, una parte de la prensa periódica de la localidad, á pretexto de ser Jesuitas aquéllos, comenzó á preparar la opinión pública en sentido siniestro, calumniándolos, ridiculizándolos y atribuyéndoles el absurdo designio de inculcar un falso cristianismo y una doctrina diametralmente opuesta á la verdadera doctrina del Evangelio.

«No dándose gran importancia á tales despropósitos, se inauguró la Mision con numeroso auditorio en todas las iglesias; pero á la vez desencadenáronse como furias los periódicos, con una sola excepción, hasta un punto que parecia inverosímil, haciéndola rechifla más escandalosa é impía de los sermones de los Padres misioneros, y lanzando contra dichos Padres y contra su Instituto calumnias cien veces desmentidas, y groseras injurias y amenazas; con lo cual, soliviantado el populacho, se dió ocasion á disparo de petardos y cohetes en los templos durante la predicación, á insultos sacrílegos y gritos tumultuosos.

«La parte de poblacion católica y sensata se ha mostrado, no solamente herida en sus sentimientos y creencias, sino hasta ruborizada de que en Alicante se haya dado tamaño escándalo, haciéndola parecer, á vuelta de pomposos alardes de cultura, ilustracion y progreso, como al nivel de los países salvajes.

«¿Ha tenido por ventura complicidad en esta impía cruzada la autoridad superior de nuestra provincia? La verdad es que la parte sensata de la poblacion le inculpa de connivencia, seguros como lo están de que, á haberse tomado á tiempo medidas enérgicas, nada habria acaecido; lo cierto es que las turbas se desataron instigadas por la prensa, y ésta se desató gradualmente, porque nada se hizo en un principio para contener sus desmanes... lo cierto es, finalmente, que afectando aplacar tempestades, despues de haber dado suelta á los vientos que las produjeran, y reuniendo á este fin una junta de autoridades, no contó con la que era principal en los sagrados lugares y actos religiosos á que habria de referirse el acuerdo, participándome luego, como si yo fuese un mero subalterno suyo, el de que se predicase en las horas de sol.

«V. E. comprenderá muy bien la trascendencia de tales desafueros. Si no se les pone un dique poderoso, si, en vez de acariciarla, no se cohibe con mano enérgica el desenfreno de la prensa impía, que prevalida de la impunidad se hace insolente, vendrá á ser imposible todo acto religioso en los templos y fuera de ellos, y los Obispos nos veremos precisados á arrimar el báculo pastoral, y cruzándonos de brazos ante la ruina de las almas que nos han sido confiadas, dejar que la sociedad termine por hundirse en un linaje de barbarie culta, más fecunda en desastres que la selvática.»

Como contraste á lo que antecede, léase la carta que el Rdo. Durieux, misionero en el *Africa* occidental, escribe desde Porto-Novo el 14 de diciembre de 1882:

«Tenemos aquí una hermosa cristiandad; y las siguientes líneas demuestran que la buena semilla no fué echada en vano, y que los sacrificios que ha hecho nuestra Sociedad producen ya excelentes frutos.

«Primeramente hemos adquirido derecho completo de ciudadanía. Por el buen ejemplo que han dado nuestros misioneros se han conquistado el respeto universal. El rey mismo y todos los jefes del país nos aman y respetan, y como prueba puedo citar entre mil, dos ejemplos notables.

«El rey, que nunca nos pide presentes, contra la costumbre de casi todos los reyezuelos africanos, se esfuerza por complacernos y hasta nos hace regalos. Este año nos ha enviado 100 pesetas y un buen cabrito. Anteriormente habia asistido personalmente á la bendición de nuestra iglesia y nos hizo una limosna.

«Aquí hay la costumbre de que los guardias nocturnos, llamados Zambetos, recorren las calles de la ciudad desde la caída de la tarde dando gritos salvajes y tocando una especie de cuerno para advertir á las gentes que se encierren en sus casas. Por lo regular no inquietan á nadie, pero ¡desdichado del que se retardase ó fuese sorprendido en flagrante delito de robo! Ahora bien, durante la novena de la Inmaculada Concepción los Zambetos, por orden del rey, no salen hasta las nueve de la noche, aunque ésta empieza aquí regularmente á las seis y media, y eso á fin de facilitar á nuestros cristianos la asistencia al ejercicio que se tiene á las siete. En ciertos días, por ejemplo en Navidad, aunque guardan su consigna, no molestan á ningún cristiano que asiste á la misa de media noche. Para eso basta que se avise al rey. Hé ahí cómo se entiende la libertad religiosa en un país pagano.

«El número de cristianos va siempre en aumento. Contamos cada año de cuarenta á cincuenta bautismos, mientras que los fallecidos apenas exceden de quince.

«El matrimonio, hasta ahora casi omitido á causa de ciertas costumbres paganas, empieza á honrarse y tenemos ya buen número de uniones legítimas. Aunque los cristianos están diseminados por toda la ciudad, sin salir de mi aposento puedo ver más de seis familias legítimamente establecidas y practicando fielmente la religion cristiana: han venido á agruparse alrededor de la Mision y fuera de la ciudad pagana, en un lugar en otro tiempo desierto, y frecuentados solamente por bandas de fetiquistas en ciertas fiestas solemnes. Hoy es un pueblecito cristiano.

«Durante la novena preparatoria para la fiesta de la Inmaculada Concepcion, nuestra iglesia se llenaba completamente y no podia contener á toda la asistencia. Gran número de personas se vieron obligadas á permanecer á la parte exterior, en las puertas y en la gradería de la fachada.

«Pero lo que más nos consuela, es el gran número de niños que concurren á nuestras clases. Más de ochenta asisten regularmente á los catecismos. Todos son jóvenes, de suerte que únicamente doce de ellos han hecho ya la primera Comunión. La escuela de las Hermanas, sin ser tan numerosa, está asimismo en buen camino de prosperidad.

«El espíritu de los neófitos de Porto-Novo, aun de los que todavía no han tenido el valor de romper con sus antiguos hábitos, es excelente, de lo que nos han dado repetidas pruebas. Aman á la Santísima Virgen, y Ella les conserva en sentimientos cristianos y les

impide caer en el protestantismo ó el mahometismo.

«Los últimos días de la novena tenemos la costumbre de hacer un *leilao* (especie de cuestacion) en provecho de la iglesia. Este año los cristianos indígenas, secundados por algunos agentes europeos bienhechores, han hecho ascender el producto á 1,250 pesetas.»

—Las corporaciones religiosas de la Península que á continuacion se expresan, movidas por el santo celo de la fe y por el amor á la madre patria, cuya prosperidad y mayor engrandecimiento anhelan realizar en cuanto puedan, han remitido á nuestras posesiones de Ultramar durante los seis años comprendidos desde 1877 á 1882, ambos inclusive, 337 misioneros en esta forma:

Jesuitas 93; agustinos descalzos 43; (recoletos) 78; dominicos 64; agustinos calzados 49; franciscanos 43, y carmelitas 10. De éstos han ido á Cuba 24 jesuitas y 10 carmelitas, y á Puerto-Rico 9 jesuitas; los restantes han ido á ejercer su sagrado ministerio entre los indios, algunos salvajes, del Archipiélago filipino.

Escocia.—Escriben de Glasgow:

«La semana última la Sociedad de beneficencia de la ciudad dió su banquete anual bajo la presidencia de un católico.

«Un ministro protestante, el Dr. Burns, pronunció con esta ocasion un discurso en que reconoció lealmente que la ciudad de Glasgow lo debe casi todo al clero católico.

«Este clero formó en los antiguos tiempos el núcleo de la ciudad, reuniendo al rededor de su iglesia las diseminadas chozas de pescadores; y en nuestros días, bajo la direccion del eminente arzobispo católico, Ilmo. Eyre, da aún ejemplo de todas las virtudes.»

«Este juicio de un adversario es el mejor homenaje que puede tributarse al celo y á la abnegacion de los sacerdotes católicos.»

Rusia.—El Czar ha conferido el gran cordon de Alejandro Newsky al ilustrísimo arzobispo de Mohilew, metropolitano católico del imperio ruso.

Nació el Ilmo. Antonio Fijalkowsky en 1797, y desde 1860 á 1872 ha sido obispo de Kamenieck, habiendo sido promovido á la sede metropolitana el 28 de febrero de 1862.

Segun las últimas noticias, este Prelado acaba de pasar á mejor vida, y se cree que en el próximo Consistorio será preconizado su sucesor.

Turquia.—Un antiguo misionero de Siria nos escribia el 28 de noviembre de 1882:

«Las circunstancias son cada vez más favorables á la instruccion. Los ingleses en Egipto habrán ayudado á ello á pesar de la mala voluntad de los naturales. El fanatismo musulman ha decrecido. Hoy dia no poco jóvenes mahometanos, de las mejores familias, y aún hijos de Efendis, frecuentan las escuelas europeas. Parece que se empieza á comprender el mérito del Cristianismo. Ancianos musulmanes confirman que, merced á las Instituciones católicas, hay entre ellos más civilizacion, y que encuentran asimismo mayores facilidades para las transacciones comerciales. No es esto aún señal de conversion próxima; pero mucho menos es el lenguaje de hombres que se creian llamados por Dios á dar leyes al mundo. Los cambios y acontecimientos sobrevinidos en Turquía debilitan de tal suerte los prejuicios y la autoridad del Coran, que acabará por no quedar de él sino el nombre conservado por la historia.

«Este país marcha á un nuevo porvenir, y á él contribuirán las instalaciones, escuelas y Misiones católicas.»



Ilmo. Eugenio Lion, delegado apostólico de Mesopotamia.

Mesopotamia.—El dignísimo Prelado misionero cuyo retrato publicamos en esta página recibió la consagracion episcopal en París el 12 de abril de 1874, en la iglesia de los Carmelitas, siendo consagrante el cardenal Guibert y asistentes los Ilmos. Gonin, arzobispo de Puerto-España (Trinidad), y Gignoux, obispo de Beauvais.

El Ilmo. Eugenio Lion, de los Padres Predicadores, originario de la diócesis de Reims, antes de abrazar la vida religiosa habia hecho estudios de medicina que

le permitieron, durante los doce años de su apostolado en Mesopotamia, prestar importantes servicios á la Mision. Habiéndose declarado el cólera en Mossul á fines de 1865, se consagró por entero al cuidado de los enfermos, mereciendo que el Gobierno francés le concediese la cruz de la Legion de honor.

A la muerte del Ilmo. Castells, delegado apostólico, los fieles y el clero de los diversos ritos orientales expresaron unánimemente el voto de que la delegacion fuese confiada por la Santa Sede al Rmo. P. Lion, y este deseo, transmitido á la sagrada Congregacion de la Propaganda, fué benignamente atendido por el Padre Santo.

Un año antes de su elevacion al episcopado con el título de arzobispo de Damieta y los cargos de delegado apostólico de la Mesopotamia, del Kurdistan y de la Armenia menor, y administrador de la diócesis latina de Babilonia, habia sido llamado á Francia, y tuvo que

dejar la proprefectura de la Mision de Mossul; y tanto era el celo que desplegó siempre el incansable misionero, que su partida dió lugar á una verdadera manifestacion popular. Todos los cristianos de Mossul, hombres, mujeres y niños, le acompañaron hasta media legua de la ciudad, no pudiendo resignarse á una separacion que les quitaba un padre cuya infatigable abnegacion habian podido apreciar durante doce años. Entre la multitud muchos le debian, además del beneficio de la vida del alma, el de la salud del cuerpo. Por sus conocimientos médicos, puestos al servicio de todos los pobres sin distincion de origen, se habia conquistado una popularidad que cedia en provecho del apostolado.

Hasta tal punto llegó la simpatía que le profesaban los habitantes de Mossul, que los mismos orgullosos musulmanes, que antes menospreciaban á los cristianos y los trataban como enemigos, iban con frecuencia á visitarle en el convento; y el dia de la partida el *tabur aghassi* (representante del bajá), lo mismo que el *kadzi* (juez de la ley musulmana), fuéron personalmente al convento con los empleados del *mahrkémé* (tribunal musulman), con objeto de presentarle sus respetos y agradecerle los servicios que habia prestado á la ciudad.

Para el Ilmo. Lion, celoso siempre del bien de las almas, la dignidad episcopal sólo sirvió para ensanchar el campo de sus tareas apostólicas. Así su secretario, el P. Altmayer, escribía desde Bagdad:

«El Ilmo. Lion, inquieto por las noticias que recibía de las turbulencias que habian estallado en ciertos puntos acerca la cuestion caldea, creyó prudente dirigirse de nuevo á Mossul, desde donde puede obrar más eficazmente para ayudar á los superiores á curar las llagas que ha abierto el cisma y la herejía en aquellos desventurados pueblos.

«Resistiéndose, pues, á todas las instancias de la comunidad católica de Bagdad, se puso en camino para cruzar el desierto. El acto de la despedida de S. I. y de su última bendicion, dada en la iglesia latina, fué conmovedor. Toda la poblacion, hombres y niños, todo el clero de los diversos ritos le siguieron hasta una casa de campo, donde descansó el Prelado algunas horas, y á media noche le acompañé con el Padre Prefecto de los Carmelitas y algunos seglares hasta la entrada del desierto, en el que se internó, llegando felizmente á Mossul al cabo de doce dias.»

China.—El P. Léveillé, de la Compañía de Jesús, misionero del Kiang-nan, escribe el 20 de octubre de 1882:

«Actualmente soy misionero de las islas del mar, en la embocadura del Yang-tse-Kiang.

«En 1860 las pocas estaciones que existian en estas islas no poseian capillas propiamente dichas, eran meras cámaras construidas con cañas. Ahora en las trece estaciones existentes, excepto dos, se pueden celebrar convenientemente los santos misterios y las grandes fiestas del año. Respecto á los habitantes, no conozco aún su cifra exacta; pero son numerosísimos, tanto en los pueblos como en los campos. No se vaya á imaginar que estas islas son como las de la Oceanía cuya poblacion es de 3,000 á 6,000 almas, pues aquí puedo contar 100,000 y quizá 200,000. Ciertamente hay para ocupar á un misionero.

«Aquí, como en el continente, se cultiva el algodón, el trigo, los guisantes y otros granos. Las habitaciones

en los pueblos y las de los propietarios son de ladrillos y revocadas con cal, y las de los pobres y colonos, de cañas trenzadas. Son generalmente convenientes cuando los habitantes no son muy pobres. Los vestidos nada dejan que desear respecto á decencia y limpieza.»

Tong-king central (Anam).—De una carta del Padre Wenceslao Fernandez, misionero dominico, extractamos lo siguiente:

«Ya hace cinco años que estoy en este partido de Doc-Xuyei, uno de los más difíciles de nuestro vicariato, ya por la distancia de una cristiandad á otra, ya más principalmente por el genio especial de estos cristianos, no tan arraigados en la fe como fuera de desear. Las conversiones á nuestra sagrada religion son muy reducidas. Hace seis años el movimiento hácia nuestra fe era de dia en dia más sorprendente, y daba muchas esperanzas de cogerse una abundante cosecha; pero por desgracia se apagó la centella que habia prendido en sus corazones dados aún á supersticiones, pues le es muy difícil al tunquino dejar por completo sus diabólicos sacrificios á sus antepasados.

«Xuan-lai, cristiandad que ha sido y es la carga más pesada para el misionero de este partido, estos dos últimos años me ha dado mucho que hacer. Los enormes pecados que comete, los horrendos sacrificios que hace al demonio, la hacen de dia en dia más indigna de recibir las gracias del Altísimo. De 1,200 cristianos que cuenta dicha cristiandad, 300 son renegados acérrimos.

«Hace como tres años que se convirtieron muchos de los renegados, y de los cristianos que habian abandonado los santos Sacramentos se confesaron tambien muchos, de modo que ascendió el número de confesiones á 800. Pero no sé el motivo que tuvieron para volverse á sus antiguas mañas ó acaso peores; pues apostataron bárbaramente de nuestra Religion. Las demás cristiandades están en paz, y guardan muy bien la Religion; y están muy solícitos por las cosas del culto, y por levantar iglesias y hermosear las que ya han edificado.

«La iglesia que estoy construyendo en honor de san José, va muy adelantada, y ya decimos misa en ella. Es de las primeras del vicariato, tanto por su capacidad, como tambien por tener tres naves, lo que la hace aparecer más majestuosa y ancha. Sabido es que las iglesias tunquinas por lo regular tienen seis naves, así que por dentro más parece una arboleda que otra cosa. En un espacio de sesenta codos de largo, con veinte de ancho, ponen siete órdenes de columnas, á veces nueve, cada orden seis columnas, de manera que en un espacio tan reducido hay cuarenta y siete columnas. Gusto muy particular al que el europeo no puede allanarse: á veces hay que condescender con estas gentes tan raras y dadas á sus costumbres, porque de lo contrario no podría uno hacer nada. El método que yo he seguido les parece muy bien, y tanto los europeos como los tunquinos están satisfechos. Por seguir en parte la costumbre tunquina he puesto nueve órdenes de columnas de cuatro en cuatro, á la distancia de diez codos cada orden, á los dos lados he hecho ventanas góticas. Los altares y el púlpito ya están acabados; sólo me falta el frontispicio y el tejado. San José bendito, en cuyo honor la he erigido, y quien me ha socorrido de un modo providencial en todo el discurso de esta obra, nos dé medios pecuniarios para llevarla á cabo. Tambien he fundido

una campana en honor de san José; tiene de alta un codo y ocho décimos de codo, de anchura dos codos, con un décimo de espesor; tiene de peso como unas cinco arrobas.»

Corea.—El rey de Corea acaba de publicar una proclama dando cuenta de los últimos tratados concluidos con las potencias extranjeras; de ella tomamos los siguientes pasajes:

«Nuestro país ratificó en la primavera de 1870, el amistoso acuerdo establecido entre nosotros y el Japon, y prometió abrir tres puertos al comercio: hemos concluido nuevos tratados con la América, Inglaterra y Alemania. Esto era ciertamente una innovacion, y no hay que extrañarse del descontento expresado en esta ocasion por nuestro pueblo. Mas las relaciones internacionales entran ahora de lleno en las costumbres, y no hay alguna dificultad en establecer tratados apoyándose en los verdaderos principios y la buena fe... Si un país se aísla y se mantiene fuera del concierto, se verá privado de alianzas y objeto de universales ataques, vencido y finalmente arruinado.

«Nuestros tratados de amistad y de comercio serán regulados segun la jurisprudencia internacional. Respecto á la religion, no podemos permitir predicarla en el interior, pues á ello se oponen leyes particulares.»

Estados-Unidos.—El 30 de enero último han sido solemnemente trasladadas desde la antigua iglesia de San Patricio á la nueva catedral de Nueva-York los restos del Ilmo. Hugues, primer arzobispo de esta ciudad. «Ninguna tumba, dice el *Catholic Review*, podria convenir mejor á las cenizas del grande y santo Prelado que el suelo de la noble Basílica cuyos fundamentos bendijo.» Recordemos las principales fechas de la vida del Prelado á quien, despues de Dios, corresponde en gran parte el honor de los rápidos progresos del Catolicismo en los Estados-Unidos. Nació en Clogher (Irlanda), en 1797, y murió el 3 de enero de 1864, en el año 27.^o de su episcopado. En 1837 fué nombrado coadjutor del obispo de Nueva-York, á quien sucedió en 1842, fué promovido á arzobispo en 1850, y algunos años más tarde puso la primera piedra de la catedral cuya consagracion dió lugar á fiestas tan brillantes en 1879.

COSTA ORIENTAL DE AFRICA.

VIAJE EN EL UDOÉ Y EL USIGUA.

V.



PENAS nos vieron desde lejos, Mwana-Gomera vino á nuestro encuentro, con el sable en la mano y en la otra un azadoncito de ébano, insignia de su dignidad. La recepcion fué cordialísima; nos concedió una cabaña excelente y abundantes provisiones, y se quedó conversando con nosotros hasta muy adelantada la noche, comunicándonos, como antiguos conocidos, sus dificultades con «su esposa.»

Viendo que tenia que habérmelas con un buen hombre, preguntéle si le complaceria que nos estableciésemos en su pueblo; mas previendo que este asunto le acarrearía nuevas dificultades con su Real y muy sus-

ceptible compañera, me aconsejó que me entendiese directamente con ella, ó mejor con su hermano Kingo, jefe de Mrogoro, pues á la sazón Simba-Mwené encontrábase en la costa, en Sadani.

Mientras que así hablábamos, pasó un pregonero sonando un cuerno de antílope y recorriendo las calles del pueblo diciendo á voz en grito: «Mañana y el día siguiente todos los hombres de aquí y de los alrededores deberán dirigirse á los campos de Mwana-Gomera para labrarlos y beber su *pombé*.» A la mañana siguiente todo el mundo fué fiel al llamamiento, y nosotros, precedidos de un guia que nos concedieron, nos dirigimos á Mrogoro.

Al acercarnos á la ciudad, á las seis de la tarde, el guia se nos adelantó para prevenir á Kingo de nuestra llegada: éste, como acostumbraba con los extranjeros, hizo contestar que no estaba en casa, y fuimos recibidos por uno de sus hombres, que nos señaló una espaciosa cabaña en la que nos detuvimos. Sin embargo, uno de nuestros cristianos de Mhonda, que nos habia acompañado y conocia perfectamente las costumbres de Kingo, fué á su casa y le encontró.

—¿Qué has hecho? le dijo desarrollando nuestros títulos y encareciendo nuestras cualidades; estos hombres que vienen á honrar la ciudad con su presencia no son árabes: saben que te encuentras aquí, y si permaneces oculto en el fondo de tu cabaña tomarán al hermano de Simba-Mwené por un sapo que no quiere salir de su escondrijo. Vén; yo te ayudaré á reparar tu falta.

Kingo vino en efecto; pero era muy grande su embaraço, y aquella noche se mostró poco comunicativo. Este jóven, un niño aún, decian, tiene unos veinte años, y gobierna todo el país con su hermana Simba-Mwené, á la que sucederá en breve. A consecuencia de dificultades que ha experimentado, ésta se retiró á Mwale, al Este de Mrogoro, en donde percibe el *hongo* ó tributo de las caravanas que vienen de la costa; las que descienden del interior lo pagan á Kingo.

Mrogoro es la ciudad de que hablan con entusiasmo Cameron y sobre todo Stanley llamándola Mwené, del nombre de la primera princesa que la habitaba en la época de su paso; este error es tanto más excusable cuanto muchos pueblos de estos países toman en efecto el nombre de sus jefes.

Esta ciudad, como dije, es la capital de la vasta provincia del Usigua, y fué levantada bajo un plan y en proporciones magníficas por Kisabengo, un esclavo convertido en rey, padre de la sultana actual. El genio de este hombre no fué igualado sino por su maldad.

Aunque empiezan á verse algunas ruinas, Mrogoro presenta al viajero un golpe de vista que en África maravilla é impone. Está encerrada en un muro de piedra bien construido y de cuatro metros de elevacion, que forma un vasto cuadro, teniendo en cada lado practicada una abertura, cerrada durante la noche con una gruesa puerta de madera esculpida. Este recinto contiene la casa del rey, de los ministros y principales habitantes. Al exterior y en todo su alrededor se extiende como una segunda ciudad, protegida á su vez por una tapia de tierra cubierta con pequeñas travesas, que la defiende de las lluvias y desde la que se puede vigilar la llanura. Esta tapia ofrece la figura de un polígono algo irregular y se tienen abiertas muchas aspilleras: á ciertas distancias una puertecita de piezas cuadradas de

madera que se abre levantándola, da acceso á la ciudad: al anochecer cierran y atrancan todas las puertas hasta la mañana siguiente. Mrogoro es un gran centro de poblacion, en el que se encuentran muchos niños, lo que no es comun en los pueblos de esta provincia, á causa de los sentimientos supersticiosos que mueven á los padres á deshacerse de ellos con harta frecuencia. Casi todos los dias se encuentran tambien en ella caravanas que vienen del interior ó que á él se dirigen; y como hacen sus provisiones en la ciudad, los víveres son en ella bastante caros: en los alrededores se encuentran á más módico precio. Al contrario de lo que sucede en otros puntos, reina aquí una limpieza relativa que contribuye mucho seguramente á su salubridad; mas los barrenderos y basureros no son otros que los cuervos de

cuello blanco, que desempeñan admirablemente su oficio, y está prohibido darles muerte.

El tiempo que permanecemos en Mrogoro lo empleamos en recorrer y visitar el país: en todas partes fuimos bien recibidos, y tales excursiones nos mostraron más y más la admirable sagacidad de que nos dió pruebas Kisabengo eligiendo esta comarca para construir su capital. Esta está situada al pié de los altos y bellos montes del Uruguru: á lo lejos y al Este se extiende una inmensa llanura, de una riqueza de vegetacion extraordinaria, esmeradamente cultivada y produciendo abundancia de maíz, alcandía, caña de azúcar, habichuelas, bananas, etc. En otro tiempo cosechábase allí mucho arroz; pero habiendo cierto año descendido los leones y causado grandes estragos en Mrogoro y sus cercanías,



ZANGUEBAR.—Capilla de Nuestra Señora de Bagamoyo. (Pág. 95).

los hechiceros juzgaron que este género de cultivo no era del agrado de los espíritus, y desde entonces no se ha sembrado un solo grano de arroz en el valle. De la montaña descienden el Mrogoro, el Mwhalé y gran número de torrentes que proporcionan abundante agua durante la estacion de las lluvias, y todos se precipitan en el Gheringheré, ancho y hermoso rio que toma su origen en el Uguru, cruza el Ukami y va á confundirse, debajo del Mpeci, en el Rufu ó Kingani. Aquí es, por lo demás, donde se levanta la cordillera que divide las aguas entre este rio y el Wamé, formada por los montes Mindu y el Mguru-Wa-Ndeghe (Pié del ave), más allá de los cuales se extiende la provincia de Usagara. Allí corre la Mkondogwa, que se convierte más lejos en la Mkata y que, cerca de Kwa-Kikugo, toma el nombre

de Wamé que conserva hasta su embocadura. El Wamé recibe tambien á la izquierda el Rudewa, el Walé y la Kikula, riega la base de los conos del Pongwé, separa el Udoé del Usigua y va á mezclar sus aguas con las del mar entre las dos poblaciones bastante importantes de Windé y Sadani.

Desde las montañas que dominan la ciudad de Mrogoro nunca acabábamos de satisfacer nuestra vista con el soberbio panorama que se extendía ante nosotros. Estas alturas, como la planicie, están cubiertas de aldeas muy pobladas y en buen estado: su temperatura parece buena, y es saludable el clima; y creo que una Mision encontraría allí todos los elementos necesarios para prosperar y extenderse. Fijámos nuestra atencion en un sitio magnífico sobre una meseta á cuyo pié corre un ancho rio

que descende del monte, y cuyas aguas límpidas y frescas fácilmente pudieran dirigirse al terreno escogido: este emplazamiento dista tres cuartos de hora de la ciudad.

De regreso á Mrogoro participé mi intencion á Kingo, que se había hecho ya más libre y familiar: lo prometió todo, y en cuanto supo que éramos amigos de Bwana-Heri, gobernador de Sadani á cuenta del sultan de Zanzíbar y hombre de grande influencia, quedó sumamente maravillado. Lejos de reclamar el tributo como acostumbraba, nos regaló un carnero, muchas gallinas, y una carga de arroz y cañas de azúcar. Ofrecíle en cambio algunas piezas de tela á título de amistad, y cuando partimos, nos acompañó hasta muy lejos.

Deseando hablar con Simba-Mwené, que segun me dijeron estaba en camino para regresar, y queriendo por otra parte conocer el camino de Mrogoro á Manderá, nos dirigimos á este punto, y siguiendo el camino de las caravanas llegamos á Mwhalé, nueva residencia de la Leona-soberana. Casi todos los habitantes habían partido: hombres, mujeres y niños eran al encuentro de su reina. Un anciano tenía la custodia de la ciudad, y él nos recibió y tuvo la amabilidad de mostrarnos el camino que habíamos de seguir. Después de cruzar sin tropiezo el Gheringheré y numerosos torrentes, casi siempre en seco, llegamos bajo una lluvia copiosa y calados hasta los huesos á un pueblecito del que es jefe Mzungulu: pedimos ver á este personaje, y supimos

por los habitantes que habiendo sido atacado de viruela, se retiró en el bosque para curar ó morir. En su ausencia gobernaba el gran hechicero, quien aprovechó su autoridad temporal para acusar de haber lanzado maleficios, á cierto anciano que no era de sus amigos, y hacerle quemar vivo.

Dicho pueblo, como otros muchos en esta parte del Africa, está rodeado de un *tembé*, especie de fortifica-

ción más ó menos sólida, compuesta de zarzos cubiertos de tierra apisonada y coronados con un terradito: el *tembé* sirve á la vez de granero para recibir parte de las cosechas del pueblo, de lugar de observación para vigilar en caso necesario los alrededores, de fortificación contra los enemigos y de medio de defensa contra las fieras. Estas son numerosísimas en los alrededores de Mzungulu, y no obstante la mucha necesidad que teníamos de dormir, nos lo impidió largo tiempo el poderoso rugido del león y los sombríos aullidos de las hienas.

El día siguiente tuvimos que cruzar dos veces el Ugheringheré, que forma un recodo en este lugar:

el paso se hizo sobre árboles que nos sirvieron de puente: el jumento pasó á nado. Los riachuelos y torrentes que desembocan en este río son numerosísimos; ora secos ó con escaso caudal de agua, ora llenos de fango fétido, ó interceptados con altas hierbas ó espesos cañaverales, siempre retardan la marcha de una caravana. Con frecuencia encontrábamos en ellos prodigiosa cantidad de peces muertos.



ZANGUEBAR.—El panal de miel; incidente del viaje del P. Baur. (Pág. 94).

No obstante seguíamos tranquilos el camino que nos indicara el viejo hechicero de Mzugulu, cuando en medio de los bosques todo desapareció: nos habíamos extraviado lejos de nuestro objeto, en los senderos practicados por las fieras. Detúvose la caravana, y mientras que dos hombres partieron para descubrir terreno, llamónos la atención el grito rápido del ave de miel, llamado también cucú indicador. Este volátil es sumamente singular: así que nos ve, grita, vuela de rama en rama, se adelanta y vuelve como pidiendo que se le siga. Muchos de nuestros bagajeros le obedecen, seguros, dicen, de encontrar una colmena de abejas ó alguna bestia salvaje, pues esta ave nunca se engaña. Al poco rato, en efecto, perciben la colmena indicada en un hueco de cierto árbol, y tras breves momentos de vacilación, Pedro, uno de nuestros muchachos, se decide á subir hacha en mano. En un momento se apodera de un panal de miel; mas las abejas, con la irascibilidad que les es propia, no tardan en usar del derecho de legítima defensa: el audaz agresor asaltado, picado y envuelto, se arroja al suelo, y como si participase de la naturaleza del gato, cae felizmente de manos sin hacerse el menor daño. Sus compañeros de fortuna son asimismo atacados, y en breve es completa la dispersión. (V. el grabado de la pág. 93).

A las dos de la tarde los hombres enviados en busca de camino, vuelven anunciando su feliz éxito, y todos los portadores se levantan al grito de *Safari! Safari!* (¡En marcha!) Hora y media más tarde entrábamos en Magole, pueblecito fortificado: el jefe, que lleva el mismo nombre, estaba sentado á la puerta de su fragua y tejía esteras. Gran número de pieles de animales, y sobre todo de búfalos estaban suspendidos de la pared de su cabaña: estas bestias habían sido muertas en los fosos destinados á coger la caza, y que encontramos en los alrededores del pueblo.

La noche del siguiente día fué regocijada por el canto de las aves que en gran número hallámos á nuestro paso: el P. Hacquard y yo quedámos no poco sorprendidos, toda vez que en los países cálidos es raro oír las aves cantar tan bien como en Europa; pero nuestra sorpresa llegó á su colmo cuando creímos reconocer el trino del ruiseñor. Con todo, no puedo afirmar que este pájaro exista aquí; lo indudable es que este rey de los cantores tiene en el Zanguebar un concurrente que le iguala. Esta etapa fué bastante penosa á causa del tormento de la sed, pues sólo encontramos un estanque de agua cenagosa del que alejámos un rebaño de antílopes y en el que todas las bestias del bosque habían visiblemente patinado.

Por fin el canto del gallo vino á advertirnos que el hombre habitaba por allí cerca; y en efecto, luego divisámos el pueblo de Mbaa, que tiene por jefe Makunghira, y es de lo más sucio del mundo. Durante la velada, y sobre todo por la noche, fuímos atormentados, invadidos por sin número de mosquitos, piojos, pulgas, arañas enormes, escorpiones, etc., etc.; todo esto saltaba de las paredes, caía de los techos, corría por tierra, cubría nuestros vestidos, las manos y los rostros. Mi maleta fué roída, y la misma suerte cupo en parte á las botas del P. Hacquard. Imposible fué cerrar los ojos: parecía que todos los insectos más repugnantes de la creación se habían dado cita en nuestra cabaña de Mbaa. La víspera, más que en ningún otro punto nos había molestado extraordinariamente la *tsetse*.

Esta célebre y terrible mosca, que en Kiswahili se llama *tchafonon*, es uno de los mayores azotes del África: se la encuentra desde el Cabo hasta la otra parte del Ecuador; felizmente dista mucho de estar repartida con igualdad. Sin que se sepa por qué, habita tal ó cual sitio, y no puede vivir en tal otro, de suerte que con los conocimientos que esta operación supone se podría trazar un mapa de África precisando los cantones infestados por la *tsetse*. Es un poco más gruesa y larga que la mosca común: el macho es más pequeño que la hembra, y ambos son de color gris y tienen un zumbido elevado muy fácil de conocer cuando se ha oído una vez. No parece que acostumbra picar en descubierto; muchas veces, al contrario, he observado que se introduce bajo los vestidos, en las mangas, debajo la cola de los animales, etc., y entonces introduce en la piel su pequeña trompa, en cuya base brilla, como imperceptible gotita de plata fundida en una bolsa diáfana, una glándula llena de veneno: dos mandíbulas penetran en seguida en la herida hecha por el pequeño taladro envenenado, el abdomen se hincha de sangre, y momentos después la mosca vuela. Esto basta: si la bestia picada es un buey, un caballo, un perro ó un carnero, el envenenamiento de su sangre es seguro y causa la muerte. Por lo común el animal perece después de un debilitamiento gradual que puede durar semanas y á veces meses; pero si es vigoroso le sobreviene con frecuencia una especie de aturdimiento furioso y va á romperse la cabeza contra los árboles. Europeos hay que perdieron así en este país sesenta, ochenta y cien bueyes. Quisieron hacer un experimento y les costó caro. Se ha escrito que el jumento goza del privilegio de inmunidad; lo dudo, por lo menos respecto á los que no han nacido en el interior, pues nosotros mismos hemos perdido varios, á causa, según me parece, de la mordedura de aquella terrible mosca. Así el pobre borriquillo que nos prestó tantos servicios en este viaje, lo ha pagado con su vida: murió poco después de su regreso. La expedición belga para viajar en el interior, se procuró en la India tres elefantes domesticados, y todos murieron. Únicamente el hombre, la cabra y los animales salvajes soportan sin peligro la picadura de la *tsetse*; que por lo demás, causa comezon durante mucho tiempo, pero no es más dolorosa que la de un mosquito. La medicina homeopática creo está ensayando utilizar este veneno, al que todavía no se conoce antídoto: dicese solamente que la grasa de león, cuando se frota con ella la cola de los bueyes, aleja la *tsetse* de estos animales. Lo malo es que el león no está siempre de humor para entregar su grasa á quien se la pida.

Por la noche, antes de acostarnos, tras interminables discusiones habíamos concluido un trato con los hombres de Mbaa para procurarnos un guía; y llegada la mañana, fué preciso empezar de nuevo la contienda. Hastiado ya, cogí al jefe por el brazo, y amenazándole con la cólera de los blancos, le dije:

—Puesto que tus hombres son hienas, nos acompañarás tú mismo, y te daré lo que me plazca.

El pobre Makunghira, temblando, se puso á nuestro frente y partímos, llegando por la tarde al pueblo del jefe Kongorido, cerca del Wamé y no lejos de los conos del Pongwé. Como no podíamos pasar el río en este lugar, y el camino era por otros puntos impracticable, dimos la vuelta á la montaña, que se parece mucho al Kongwé (Ukami) que subí en otro tiempo con los Pa-

dres Horner y Duparquet, y de nuevo nos encontramos en la orilla derecha del Wamé. Tras una hora de espera, durante la cual tuvimos ocasión de admirar muchas clases de chocillas construidas en grandes árboles y que no eran otra cosa que nidos de enormes aves acuáticas, apareció un hombre en la opuesta orilla, lanzó una piragua al agua y nos pasó felizmente. El asno fué echado al río é izado por medio de una cuerda, siendo también respetado por los cocodrilos, gracias, como nos afirmó con seriedad nuestro hombre, á la preparacion mágica que hizo al efecto. Este viejo farsante, algo hechicero, habia efectivamente, á pesar de nuestras risas y protestas, mascado un cacho de madera y escupido en el río. Este salibazo le bastó para alejar todos los cocodrilos; el método no era muy limpio para obtener tal resultado. Pasámos la noche en el pueblo de Magiza, en Hodibomé, y al día siguiente, guiados por comerciantes de miel, volvimos por fin á Manderá.

Aquí tomámos el descanso que nos era absolutamente necesario, y cuatro días de marcha á través del Udoé y el fangoso valle de Kingani nos condujeron luego á Bagamoyo, de donde habíamos partido hacia poco menos de dos meses. Seis días despues el P. Hacquard, á quien la fiebre visitó con frecuencia durante el viaje, y que le acometió con mayor violencia á su regreso, murió santamente en nuestros brazos, á pesar de todos los cuidados que se le prodigaron noche y día. Repetidas veces ofreció su vida por la salvacion de los negros, y fué escuchado. Posteriormente otro Padre y una religiosa, el P. Strebler, de la diócesis de Estrasburgo, y la H. María Pedro, de la isla Mauricio, nos han dejado para ir, como tenemos el consuelo de esperarlo, á recibir la recompensa de sus sacrificios. Estos son grandes quebrantos que nos han impedido empezar inmediatamente las estaciones proyectadas. El Dueño de la miés conoce nuestros deseos y necesidades: ¡que se cumpla su santa voluntad!...

TIERRA SANTA.

XXIV.

EL SANTUARIO DEL Credo.

HABLAMOS ya del santuario del *Pater*, y hoy gracias al Ilmo. Poyet, protonotario apostólico, podemos dar las siguientes noticias respecto al del *Credo*, que la señora princesa de la Tour d'Auvergne consiguió adquirir en nuestros días para levantarlo de sus ruinas.

El *Pater* nos enseña lo que hemos de esperar y pedir, y el *Credo*, lo que debemos creer. ¿Son verdaderamente los Apóstoles quienes compusieron el Símbolo que lleva su nombre? ¿En qué época y en qué lugar lo compusieron? Preguntas interesantes son éstas á las que procuraremos contestar cumplidamente.

La Iglesia romana es la única que ha conservado este Símbolo, que todos aprendemos desde la infancia, y que en nuestras oraciones lo unimos al *Padre nuestro* y al *Ave María*. Las Iglesias orientales no tienen esta profesion de fe, ó si la tuvieron, la han olvidado; y no saben ni rezan otro Símbolo que el del concilio de Nicea, completado por el de Constantinopla, aunque no pueden negar que existiera otro Símbolo antes del de Nicea, puesto que á la Iglesia nunca le ha faltado una

regla de fe breve y fácil para la direccion de los fieles. Así se reconoce en los catecismos de san Cirilo, obispo de Jerusalén (de 350 á 386) que en el 6.º y siguientes explica un símbolo que no es el de Nicea, toda vez que no se encuentra en él la palabra griega *ομολογιας* (consustancial), que forma como su esencia.

En el catecismo 17 trata de diversas cosas de que no habla el concilio de Nicea. Menos puede suponerse que explique el concilio de Constantinopla, que se celebró en 381, ya que segun el testimonio de san Jerónimo el expresado san Cirilo fué ordenado sacerdote á veinte años, y compuso y explicó los catecismos dos años despues, hácia el 337.

Todos los Padres de la Iglesia occidental que han hablado de este Símbolo, unánimes dicen que no viene de los Apóstoles. No expresan que los Apóstoles lo escribieron, sino simplemente que lo compusieron y dejaron por tradicion á los fieles; en los primitivos tiempos de la Iglesia, constantemente se evitaba el escribirlo por temor de que cayese en manos de los paganos. Limitábanse á hacerlo aprender de memoria á los catecúmenos antes de administrarles el bautismo. Así el cardenal Tolet no vacila en afirmar que hay que tener por verdad inviolable que este Símbolo fué verdaderamente compuesto por doce Apóstoles.

A esta pregunta: ¿El Símbolo fué compuesto por los Apóstoles, de suerte que cada uno de ellos dictó un artículo, como se lee en todos los catecismos? El sabio cardenal contesta: «Aunque esto no sea tan probado como el hecho de la composicion del Símbolo de los Apóstoles, no puede negarse que tal sea la opinion de san Agustin, en el sermón 241, *De Tempore*, y también la del papa san Leon el Grande en la carta 66 á la emperatriz Pulqueria.» San Agustin vivió de 354 á 430. San Leon, de quien se ignora la fecha del nacimiento, ocupó la cátedra pontificia desde 440 á 461.

En su sermón 241 san Agustin nombró á los doce Apóstoles con el mismo orden que san Lucas (*Act. 1, 13*): Pedro, Juan, Jaime, Andrés, etc... Matías, el último elegido, en el Cenáculo, ocupa el lugar del traidor Judas; y á continuacion del nombre de cada Apóstol, pone el artículo del Símbolo que se le atribuía en su tiempo. San Pedro: «Creo en Dios todopoderoso, etc.» San Matías: «La vida eterna. Amen.»

Los Padres de la Iglesia latina creen generalmente que los Apóstoles lo compusieron, no despues de la venida del Espíritu Santo, el día de Pentecostes, sino antes de la separacion, el año 44 de Jesucristo, inmediatamente antes que el rey Herodes Agripa hiciese morir á san Jaime el Mayor, encarcelado á san Pedro y suscitado, á fin de complacer á los judíos, una violenta persecucion contra los Apóstoles y los cristianos. Reuniéronse entonces para convenir en ciertos puntos de doctrina ó artículos de fe y estar enteramente conformes en la enseñanza de los gentiles. Este Símbolo habia de ser para todos los cristianos como una señal para reconocerse entre sí, segun el sentido de la palabra griega *σύμβολον*.

La santa Escritura no dice el lugar donde fué compuesto el Símbolo. Al pronto parece que fué el Cenáculo; pero la prudencia ¿no aconsejaba á los Apóstoles que se alejasen de Jerusalén, donde podian ser descubiertos por Herodes Agripa? ¿No es más probable que escogieran fuera de la ciudad una gruta ó cisterna abandonada para estar en mayor seguridad? Y este retiro,

está gruta ó cisterna ¿no sería el lugar indicado hoy como aquel en que se compuso el *Credo*, comprendido en los terrenos adquiridos por la princesa de la Tour d'Auvergne, y situada á la entrada del patio que precede al santuario del *Pater*?

Una tradicion, cuya existencia está averiguada desde mucho antes de las Cruzadas, probada por testimonios escritos despues de la llegada de los Cruzados á Tierra Santa (1099), suple el silencio del Evangelio y coloca la composicion del *Credo* en el monte Olivete, cerca del lugar donde Nuestro Señor enseñó el *Pater* á sus discípulos.

Casi todos los peregrinos que han hablado de las ruinas de la Iglesia del *Pater*, han señalado el oratorio del *Credo* ó sus ruinas.

En 1674 el P. Nau, y en 1652 el canónigo Doubdan, mencionan esta gruta, con las ruinas de una iglesia encima, en honor del *Credo*. Cotowic en 1598, y Villamont en 1582 dicen lo mismo.

En 1483 el P. Fabri se expresa así: «Saliendo de la gruta de santa Pelagia, bajámos el monte Olivete por el camino que conduce á Betfage y á Betania, y luego, transponiendo un muro formado de piedras secas, entrámos en un jardin, y allí, junto á las ruinas de una grande iglesia llamada de San Marcos, rezámos las oraciones y ganámos las indulgencias de antiguo concedidas á esta visita. Dícese que esta iglesia está edificada sobre el lugar donde los santos Apóstoles compusieron el Símbolo de nuestra fe.»

En 1418 Caumont dice: «Item, un poco abajo del monte Olivete, á mano derecha, hay el lugar donde los Apóstoles hicieron el *Credo*, y es un sitio muy desolado.»

En 1103 Sœvulf, cuyo texto no hemos podido procurarnos, pero que el Sr. conde de Vogué ha tenido entre sus manos, describe las ruinas informes de tres oratorios principales que existian en el monte Olivete en la época de su peregrinacion, sin contar la iglesia de la Ascension. Estos son: 1.º el oratorio elevado en el lugar donde Jesucristo lloró sobre la ciudad de Jerusalem; 2.º aquel en donde enseñó á sus discípulos el *Padre nuestro*, y 3.º aquel en que los Apóstoles compusieron el *Credo*. Todos estos oratorios fueron destruidos por los musulmanes antes de la llegada de los Cruzados, no se sabe en qué época. Recuérdese que Sœvulf recibió estas tradiciones, no de los Cruzados sino de los cristianos, antiguos habitantes del país.

No nos serviremos de un pasaje de Arculfo, obispo de la Galia, peregrino en 680, para confirmar esta tradicion del lugar del *Credo* en el monte Olivete, pues no es bastante preciso para aplicarlo al lugar designado ahora y en los siglos pasados como solar de una iglesia en memoria de la composicion del *Credo*.

De la grande iglesia superior, llamada de San Marcos, de la que el P. Fabri vió considerables restos en 1480, hace ya mucho tiempo que nada existe. La parte inferior, excavada en la roca, correspondiente á la antigua iglesia y sirviéndole de cripta, perdió su bóveda unos 60 años há. Los paisanos del pueblo del monte Olivete se llevaron sus piedras para cercar sus campos ó construir sus casas. Los judíos sobre todo las han empleado para sus tumbas, que cubren toda la vertiente Oeste del Olivete. Cada sepulcro sólo encierra un cuerpo y lo cubre una piedra y su respectiva inscripcion. Puede creerse que las mayores piedras de la iglesia de la Ascension y de los oratorios cristianos que se encontraban en el monte Olivete han pasado al cementerio de los judíos.

Un canal cuya existencia se reconoce aún muy bien, conducia las aguas pluviales á esta cavidad ó cripta del *Credo*. ¿Fué siempre cisterna, aún en tiempo de los Apóstoles? Esto no es posible afirmarlo. Con igual razon puede decirse que era una gruta á donde los Apóstoles se retiraban en tiempo de persecucion; que su destino fué cambiado más tarde y sólo despues de la destruccion de la iglesia superior, por consiguiente despues de la pérdida de Jerusalem en 1187, pues en nada se parece á las antiguas cisternas del país. Consiste en un paralelogramo de 17 metros 60 centímetros de longitud, por 3 y 80 de ancho, en direccion del Norte al Sur. A cada lado hay doce columnas bastante groseras, medio empotradas en la pared. La semicircunferencia de cada una de ellas es de 1 metro 55 centímetros. Estas doce columnas están muy cerca unas de otras, pues la pared á que están adosadas no tiene más que 17 metros 50 centímetros de longitud: su altura es de 3 y 50. Ahora bien, una cisterna de 3 metros 8 centímetros de ancho no hubiera tenido necesidad de columnas para sostener la bóveda. Así es que á muchos les parece ver, en este número de doce columnas por lado, una alusion á los doce Apóstoles que son las columnas de la Iglesia. Por otra parte la iglesia superior constaba por lo menos de una nave. De este modo puede decirse que estaba sostenida por doce columnas, en honor de los doce Apóstoles, las cuales descansaban á su vez sobre las de la cripta.

En el plan de la expresada princesa de la Tour d'Auvergne, no entra la reedificacion de la iglesia superior, si sólo convertir la cripta en oratorio, é inscribir el Símbolo en las doce columnas, de suerte que cada una tenga un artículo con el nombre del Apóstol á quien se atribuye por la tradicion que nos ha transmitido san Agustin. El Símbolo estará escrito en dos lenguas: á un lado en latin, y al otro en francés. La piadosa Princesa merece bien de la Tierra Santa. Díguese el Señor con-



AFRICA.—La mosca *tselsé*, doble del tamaño natural; cabeza del insecto considerablemente aumentada. (Pág. 94).

cederle toda la abundancia de las bendiciones que tiene prometidas á los que aman á Jerusalem. (*Psalm. CXXI, v. 6*).

ORÍGENES RELIGIOSOS

DE LA AMÉRICA DEL NORTE.

Los pueblos que ocupaban la vertiente oriental de los Alleghamy eran aún enteramente salvajes é idólatras, cuando el 25 de marzo de 1634, fiesta de la Anunciacion, dos buques ingleses, el *Arche* y la *Colombe*, desembarcaron no lejos de las orillas del Potomac doscientas familias católicas de la Gran-Bretaña, que bajo las órdenes de uno de los hijos de lord Baltimore, venian á tomar posesion de esas tierras, que ese gran convertido había obtenido de su rey para servir de asilo á los católicos fieles contra la persecucion religiosa de su patria. Celebróse la misa en un altar rústico; una gran cruz, llevada en hombros de los jefes, fué plantada al canto de las letanías en una punta preeminente de la orilla, á donde todos acudieron á besarla, orando y llorando. Esta cruz era su árbol de libertad. «Aquel dia, escribe el protestante Bancroft, la libertad religiosa tuvo por fin su asilo en alguna parte del mundo.» Este asilo no fué al principio sino un pueblo que los peregrinos llamaron de Santa María, en recuerdo del dia de su desembarco, y convirtióse más tarde en una ciudad que tomó el nombre de Baltimore. La nueva colonia recibió el de Maryland. El mismo Carlos I la llamó así, del nombre de su esposa Enriqueta María de Francia, la infortunada reina de Inglaterra, inmortalizada por la palabra de Bossuet.

Bajo nuevas instituciones inspiradas por la fe, aquella desierta costa floreció, y segun el testimonio del mencionado historiador, el Maryland católico hizo más progresos en seis meses que la Virginia protestante en muchos años.» Dos jesuitas misioneros, los PP. White y Altham, hacian parte de la expedicion.

—No hemos venido aquí para haceros la guerra, dijeron á los indios, sino para enseñaros la ley de gracia y de amor y vivir con vosotros como hermanos.

¡Paz á todos! tal era la divisa de Baltimore. Los protestantes de toda secta, anglicanos, presbiterianos, puritanos y cuáqueros, cansados de luchar entre sí, fuéron á refugiarse en los puestos de Chesapeake, protegidos por este juramento del lord gobernador: «Yo, gobernador del Maryland, nunca atormentaré por causa de religion á persona alguna de la provincia que haga profesion de creer en Jesucristo.» Los cuáqueros refugiados llamaban al Maryland «la tierra del santuario;» y los cuarenta y tres años de la administracion de lord Baltimore son aún considerados por todos los historiadores como la edad de oro de la prosperidad y de la libertad.

La intolerancia protestante cambió la faz de las cosas. Despues de la caída de Carlos I, los puritanos del Maryland, fuertes primero con el apoyo de Cromwell y despues de Guillermo de Orange, se armaron contra sus huéspedes, con todas las leyes opresivas de la madre patria. Tras la deposicion de lord Carlos Baltimore, se vió una banda de extranjeros convertidos en dueños absolutos del gobierno arrebatar á los católicos sus bienes, sus derechos, sus iglesias, sus escuelas, sus niños, extremando el menosprecio hácia ellos, hasta imponer-

les, á la admision de un católico en la ciudad comun, la misma tasa que para la importacion de un negro. La persecucion fué larga é intolerable. Muchos marylandeses tuvieron que abandonar la colonia de sus padres, varios se retiraron á Pensilvania, otros descendieron á Luisiana, y gran número apostató. En la época de la guerra de la independencia, los católicos del Maryland sólo constituian la octava parte de la poblacion. Esta iglesia agonizaba lentamente en su calvario. Mas llegó por fin la hora de la resurreccion.

... Desde el dia en que Jaime Cartier, en 1534, plantó en el Canadá la cruz y las flores de lis, hasta aquel en que el grande y santo Olier, en 1636, dió á esta Mision su capital cristiana con la fundacion de la ciudad de Villamaría, había transcurrido un siglo, durante el cual los misioneros descendiendo hácia el Oeste, no habían cesado de acercarse á los pueblos indios. «Este vasto continente, escribia recientemente uno de los miembros del Gobierno americano, ese ancho continente que un viajero no cruza en menos de un año de camino, á pesar de los medios de que disponemos, fué recorrido de uno á otro Océano antes que Baleigh, Smith y los Padres peregrinos hubiesen tocado nuestras riberas.» «Antes que un virginio hubiese atravesado el Blue-Bridge, escribe otro protestante, en la época en que el Connecticut era aún la extrema frontera de la Nueva-Inglaterra, más de un misionero francés, que transcurrió su juventud en los templados valles del Languedoc, había explorado el desierto del Wiconsin, haciendo resonar los himnos católicos en las praderas del Illinois. De lago en lago, de rio en rio, los jesuitas adelantaban sin cejar un punto, y adquiriendo sobre los salvajes un ascendiente único, hacian aceptar la fe así á los belicosos miamis como á los voluptuosos illinois.» «¡Cuántos peligros la naturaleza y los hombres preparaban á los misioneros! exclama el historiador Bancroft. Arrostrar el rigor de un nuevo clima, cruzar los rios, viajar sobre la nieve sin poder calentarse, no tener otro alimento que un poco de maíz aplastado bajo una piedra ó aún á veces el musgo de las peñas, trabajar sin descansar, verse obligado, por así decirlo, á vivir sin alimentos y á dormir sin lugar de descanso, no poder contar seguro un dia de existencia, estar expuesto á cada momento á perecer en las llamas ó bajo el *tomahaw*; tal es la vida que, sin embargo, daba á esos héroes inefables consuelos. ¡Cuántas veces, sin duda, en su almohada de piedra, sintieron como el patriarca Jacob la alentadora presencia del Eterno! ¡Cuántas veces las añosas encinas á cuya sombra sentábanse para descansar, fueron para ellos la encina de Mambré, bajo la que Abraham compartió su pan con los Angeles del cielo!»

Su sangre fecundó el campo de su apostolado. Los nombres de Isaac Jogues, de Juan de Brebeuf, de Gabriel Lallemand, para no nombrar sino los más ilustres, se encuentran en el martirologio de esta Iglesia naciente. *Ibo et non redibo*, escribia el P. Jogues al emprender su último viaje al país de los mohicanos. Cada uno de estos hombres sabia que estaba bautizado para la muerte. «Pero ya muertos para el mundo, dice el mismo historiador, y poseyendo su alma en una paz perfecta, nunca retrocedian. La historia de sus trabajos se une al origen de todas las ciudades mencionadas en los anales de la América francesa. No se doblaba un cabo, no se cruzaba un rio sin que un jesuita mostrase el camino.»

El jesuita P. Marquette fué quien el 15 de junio

de 1673, acompañado de Joliet, y montado con él en una simple canoa de corteza, recorrió el Mississippi hasta su juncion con el Missouri. Un recoleto, el Padre Hennequin, compañero de Cavalier La Salle, fué quien descendió su curso en 1682. Cinco años despues La Salle, en un segundo viaje, daba al valle, en honor de Luis XIV, el hermoso nombre de Luisiana, y á poco los franceses, bajo el mando de Le Hontan, y despues de Yberville, establecieron allí puestos de defensa y estaciones de comercio en nombre del rey de Francia.

Entonces, en el rio y sus afluentes, el Ohio, la Warbarh, el rio de los Illinois, los misioneros reunieron *Congregaciones*: toda la comarca se aprestó á ser cristiana. Al relato de los sufrimientos redentores del Hombre-Dios, el Ottawa, el Illinois y la Potowatomia depeniendo su ferocidad, enterraron su hacha en señal de paz, y los grandes bosques dieron sus más hermosos árboles para la construccion de la *casa de la oracion*. Al Norte los abenakios y los iroqueses, por desgracia hartos próximos á las naciones europeas para no ser arrastrados á los campos de batalla, no dejaron de producir una cosecha de escogidos, en medio de la cual se levanta como una flor salvaje esa jóven iroquesa, Catalina Tegahkuita, muerta radiante de santidad á la edad de veinte y cuatro años, cerca del rio y del árbol donde se habia establecido al pié de una cruz. Al Oeste las treinta Reducciones de la California recuerdan por su felicidad y su cristianismo, las Reducciones de los Jesuitas en el Paraguay. Al Sur los natchez, la célebre nacion guerrera, depusieron al fin las armas al pié de sus Ropas negras. Sobre todo aquel continente el Creador habia enviado su Espíritu y habia renovado la faz de la tierra.

Entonces pudo abrigar la Iglesia una grande esperanza, y todos esos pueblos, reunidos al fin bajo una misma ley de amor, pudieron prometerse, aún en este mundo, un floreciente porvenir, pues la dicha les venia con la verdad. Los mismos protestantes lo confiesan: únicamente el Catolicismo ha tenido el secreto de civilizar á los indios y de hacerles felices. «Hasta este dia, observa el general Cass, la época de la dominacion francesa (y católica) es la sola era de ventura que recuerdan los indios.»

Cierto dia todo esto dejó de existir por el crimen de los hombres. Mientras que en la Nueva-Inglaterra los católicos sufrían el ostracismo que hemos descrito, la misma potencia preparó en el Canadá y en el Oeste parecidas violencias. Habiendo quedado ya dueña, por el tratado de Utrecht, de la Nueva-Escocia, de la bahía de Hudson, de Terranova y de la Arcadia, el Gobierno inglés, que codiciaba la Luisiana, procuró ahogar allí el Catolicismo para arruinar así la influencia francesa. Por su causa se despertó la natural ferocidad de los indios y armóles contra sus bienhechores. Durante treinta años reinó allí una barbarie inaudita en la historia. Las Congregaciones Indias fueron ahogadas en sangre. «Entonces, escribe el Ilmo. England, á los hijos de los bosques fieles á sus creencias no les quedó más que hacer sino derramar lágrimas á orillas del padre de los rios, y mezclar su grito de dolor al ruido del viento. Los Ropas negras poco á poco fueron desconocidos, el sacrificio cristiano desapareció de aquellas orillas, y cuando, por un justo castigo, en 1776 la guerra de la independencia desposeyó á Inglaterra de esta colonia á la que oprimia, la América renaciente no encontró en su suelo sino el recuerdo casi borrado de la fe que ha-

bia hecho florecer aquellas soledades á la sombra de la cruz.»

A fines del siglo XVIII empezó la segunda efusion de la fe en el continente americano, que fué debida á la libertad religiosa que dieron á la Iglesia los Estados-Unidos emancipados, y á la emigracion de los sacerdotes arrojados de Francia y de Europa por la Revolucion, que le proporcionó una brillante falanje de misioneros.

Washington habia dicho á los católicos de los Estados de la Union: «Puedan los miembros de vuestra sociedad en América, animados por el puro espíritu cristiano, gozar de todas las felicidades temporales y espirituales.» A estos votos de un hombre de bien la Iglesia de los Estados-Unidos contestó reconstituyéndose sobre más sólida base, esto es, uniéndose más íntimamente á la Iglesia romana. Mientras que hasta entonces los sacerdotes diseminados de la Nueva-Inglaterra dependian de la autoridad impotente é ilusoria de un vicario apostólico que residía en Londres, y al que paralizaba la persecucion de la madre patria, la América nueva, desde entonces libre políticamente, pidió asimismo á Roma que le diese directamente pastores que no dependiesen sino del Papa y de Dios. El Congreso apoyó la peticion del clero, y el Sumo Pontífice Pío VI promovió á la Sede episcopal de Baltimore al ilustrísimo Juan Carroll, designado y presentado por el sufragio de sus sacerdotes. Era éste un antiguo miembro de la Compañía de Jesús, natural de Maryland, donde su familia acababa de combatir en primera fila por la independencia; y él mismo era tan generalmente estimado que Franklin pudo decir que «Juan Carroll era modelo de prelados y el mejor de los cristianos.»

La Iglesia de América entró con este Obispo en una nueva faz. Apoderándose, como misionero, de una diócesis de 1,500 leguas de largo por 8 ó 900 de ancho, á la cabeza de apenas veinte sacerdotes, como él preciosos restos de la Compañía de Jesús, el Ilmo. Carroll fué primero á pedir personal á la Francia. El P. Emery, fiel á las tradiciones del P. Olier, le dió una primera colonia de individuos de San Sulpicio, que en 1791 fueron á fundar y dirigir el colegio de Baltimore. Los sacerdotes expulsados de Francia por la Revolucion y los arrojados de Santo Domingo por las violencias sanguiarias de la insurreccion, llevaron luego á la reducida falanje un contingente de soldados aguerridos en la lucha y fieles á su juramento, hasta sacrificar la patria y la vida. ¡Maravillosa y perpétua fecundidad de la cruz! La persecucion de Inglaterra protestante llevó á las desiertas orillas del Potomac las doscientas familias católicas que poblaron el Maryland, y la persecucion fué tambien la que un siglo y medio más tarde venia á secundar la reconstruccion religiosa de la América, echando sobre sus playas los restos dispersos por la misma tempestad que acababa de destruir nuestros templos en la Francia y en la Europa revolucionaria.

La concesion de la Luisiana á la Union americana en 1803, y al cabo de quince años el nombramiento de un gran misionero, el Ilmo. Dubourg, para el obispado de Nueva-Orleans, activó en el Sur la reconstitucion. A esto siguió creacion de nuevas Sedes, organizacion de la jerarquía, celebracion periódica de concilios nacionales, institucion regular de asociaciones de caridad, de oraciones y de apostolado, fundacion de seminarios, de colegios y de Misiones, tales fueron sumariamente indicados los trabajos que en menos de un siglo han he-

cho ascender el número de católicos de 24,500 á 7 ó más millones, esto es, á más de la sexta parte de la población total de los Estados-Unidos.

EFEMÉRIDES.

7 DE MARZO DE 1874.—Muere en Antioquía el Ilmo. Ignacio Felipe Hércules, patriarca siríaco de Antioquía. Nació en Diarbekir (Mesopotamia) en 1826, fué consagrado obispo en esta ciudad el 28 de setiembre de 1862, y proclamado patriarca de Antioquía para los sirios el 6 de agosto de 1866.

15 DE MARZO DE 1493.—El viernes 15 al medio día, Cristóbal Colon entra en el puerto de Palos (Andalucía), de donde habia partido siete meses y doce días antes (3 de agosto de 1492) para hacer su primer viaje. Venia de descubrir un nuevo mundo y de plantar la cruz en las playas de las Lucayas y de las Antillas.

Su arribo fué anunciado con el toque de campanas, y la alegría que causó tan pronto é inesperado éxito fué en los primeros momentos tan contenida por la sorpresa, que con trabajo se daba crédito á un designio cuyo cumplimiento se veía con los propios ojos. Colon al desembarcar fué recibido con los mismos honores que se hubieran tributado al rey. Todo el pueblo en procesion solemne acompañó á él y su gente á la iglesia, en donde dieron gracias á Dios por haber coronado con tan feliz suceso el viaje más largo é importante que nunca se hubiese emprendido. Los regocijos, los transportes y el entusiasmo de que era objeto no pudieron borrar un instante del alma tan piadosamente tierna de Colon, el voto hecho durante la tormenta en los parajes de las Azores... Se habia prometido ir á la primera iglesia, dedicada á Nuestra Señora, próxima al lugar en que la Niña pudiese tomar tierra. Ahora el lugar era Palos, la iglesia Nuestra Señora de la Rábida, en el convento de que era guardian el doctor Juan Perez de Marchena. Así el generoso Franciscano que habia celebrado la Misa solemne para el embarco, celebró la de acción de gracias por el regreso. La víspera se habian tributado gracias á Dios por el beneficio del descubrimiento; el día siguiente fuéron á demostrar su gratitud á la Virgen de la salvación, áncora de la esperanza del pobre marino. Esta fué una ceremonia profundamente conmovedora. Todos aquellos navegantes, descalzos y con un saco, desde el grumete hasta el almirante, en el estado del naufrago salvado de las olas, fuéron á dar gracias á María, la Estrella del mar, por haberles arrancado de los abismos del Océano enfurecido, siguiéndoles multitud de pueblo que se asociaba de corazón á sus oraciones y á su gratitud.

28 MARZO 1346.—Muerte, en Esmirna, del P. Venturin, célebre predicador dominico, nacido en Bérgamo (Italia) en 1304.

«... Despues de haber anunciado con feliz éxito la Cruzada contra los turcos, el Padre Venturin propuso el Evangelio á diversos pueblos de Oriente, exhortó á algunos príncipes, entre otros el rey de Rascia (Servia), á que abandonasen el cisma para reunirse con la Iglesia romana, y fué á Esmirna con el primer arzobispo latino de esta ciudad, pues ha habido allí nueve de este rito desde 1346 hasta 1655. Cuanto más el pueblo de Esmirna, enteramente rodeado de bárbaros, se encontraba expuesto á su furor, más Venturin se aplicó á ins-

truirle, á fortalecerle en la fe, á hacerle digno del auxilio del cielo por la práctica de las buenas obras. No satisfecho aún con partir el pan de la divina palabra á los vecinos de la ciudad y administrarles los Sacramentos, les servía con sus manos en las enfermedades: noche y día se le veía al lado de los enfermos, atento á proveer á la vez á todas las necesidades espirituales y temporales.

«Tantos trabajos, junto á muy graves dolencias, abreviaron su vida, entregando su espíritu al Señor el 28 de marzo de 1346. Los fieles empezaron desde entonces á honrarle con un culto que continuó, segun se dice, hasta que Esmirna cayó en poder de los infieles (1).»

28 MARZO 1556.—Carta de Juan III, rey de Portugal, á Francisco Barreto, virrey de las Indias, para encomendarle procediese á una informacion acerca las virtudes y milagros de san Francisco Javier.

«¡Virrey, mi amigo, salud!

«La vida y los trabajos de Francisco Javier han sido de tan saludable ejemplo, que consideramos como agradabilísimo á Dios ponerlos en luz para la gloria divina. Y á fin de que los hechos de esta vida, estando publicados en el mundo, gocen en él de una autoridad y autenticidad perfectas, os encomendamos muy expresamente que por doquiera donde se hallen en todos los puntos de las Indias, testigos veraces y dignos de fe respecto á las obras del P. Javier, testigos que hayan vivido mucho tiempo y familiarmente con él, que se les oiga bajo la fe del juramento, y se hagan redactar actas auténticas y relaciones de sus testimonios: haréis levantar estos instrumentos con un cuidado extremo, comprendiendo en ellos todo lo que se refiere á la vida y á los actos de este Padre, á todas las obras gloriosas cumplidas por él para la salvación y edificación de las almas; en fin, todos los milagros que, por la gracia de Dios, ha obrado durante su vida y despues de su muerte. Documentos revestidos de todas las firmas auténticas, serán firmados y sellados por vos, transmitiéndonoslos por tres diferentes vias. Os quedaremos reconocidos, como de un eminente servicio, si cumplís nuestro mandato con celo y en breve tiempo. El Rey (2).»

NECROLOGÍA.

Zanguebar (Africa Oriental).—El R. P. Juan Alejandro Hacquard, nació el 27 de diciembre de 1844 en Guignecourt, pueblecito de los Vosgos. En 1868, despues de dos años de estudios teológicos con lucimiento, sintiéndose cada vez más movido á consagrarse á las Misiones, suplicó ser admitido en la Congregación del Espíritu Santo y del sagrado Corazón de María.

El joven seminarista tenía á la sazón órdenes menores; diez y ocho meses más tarde recibió el presbiterado, y el 28 de agosto de 1870, concluido su noviciado, abrazó con alegría la cruz de misionero. En abril de 1871 recibió orden de embarcarse en Marsella con destino á la isla Mauricio. «Verdaderamente, escribió á su Superior, suspiraba por el momento en que me separaría del mundo y me vería desatado de los lazos de la sangre para ir á mi suspirado campo de batalla.»

Despues de seis años empleados en la enseñanza en

(1) *Histoire générale des missions catholiques*, por Henrion, t. I, p. 194-195.

(2) *Lettres de Saint-François Xavier*, traducidas por Leon Pagés, t. 2, Ap. X, p. 465.

el colegio de Puerto-Luis, fué enviado, según sus deseos, á la Mision del Zanguebar. Poco despues de su llegada á Zanzíbar escribió las siguientes líneas: «Partí de Mauricio en 1.º de enero de 1876, y me encuentro aquí desde el 5 de febrero, despues de ocho dias de descanso en Tamatava y quince en Nossi-Be, en la casa de los Padres Jesuitas... No tengo sino un deseo, el de trabajar con ardor en nuestra querida Mision. No me hago ilusiones acerca las dificultades; pero Dios ayudará.... Decision en el trabajo, tal es en dos palabras mi profesion de fe de misionero.»

Y la cumplió exactamente. Pasó seis años en esta Mision, tres en Bagamoyo y los otros tres en Mhonda, trabajando con el celo y ardor que le distinguian.

En Bagamoyo estaba especialmente encargado de la direccion del pueblo cristiano.

—Allí, decia, en medio de negros, me siento misionero. El pueblo dista cinco minutos de nuestra habitacion. En él erigimos el año 1876 una capillita donde mañana y noche se reunen hombres y mujeres para la oracion, y despues de estimularles al bien les doy una leccion de canto... Se ha hecho ya mucho bien, y creo que esta es la obra capital de la Mision.

Vuelto á Francia en 1881 por causa de salud, partió de nuevo para Zanzíbar con doblado aliento el 16 de octubre. En enero de 1882 el Padre Baur lo tomó como compañero de viaje en una excursion que habia emprendido para visitar los establecimientos fundados en el interior, los de Mhonda y Mandera, y escoger el emplazamiento para una tercera estacion que se proyecta crear. El conocimiento que el P. Hacquard tenia de la lengua del país, el kisi-gua, su actividad, su experiencia y destreza habian movido al Superior de la Mision á confiarle la fundacion nueva. Mas Dios lo dispuso de otro modo.

El respetable Padre habia padecido varios accesos de fiebre durante el viaje. El dia siguiente al de su regreso, domingo 26 de febrero, aunque se encontró algo mejor, no pudo celebrar la santa Misa, y tuvo que contentarse con asistir á ella. El lunes, viendo que los medicamentos más enérgicos no producian efecto alguno, presintió su fin, encomendóse fervorosamente al Corazon inmaculado de María, y pidió los santos Sacramentos, ofreciendo generosamente á Dios el sacrificio de su vida por los pueblos infieles que acababa de visitar.

—¡Oh! decia, ¡cuánto bien pudiera hacerse en esas poblaciones! Los niños sobre todo parecen muy ingenuos; seria fácil catequizarlos, pues conviene empezar

por ellos: entonces podria morirse contento, viendo el considerable número de católicos que se dejaria tras sí... pero ¡cúmplase la voluntad de Dios!

No se le oyó lamentarse sino de la molestia que decia causaba á los que le cuidaban.

El miércoles hizo concebir algunas esperanzas, pero la noche anunció un próximo fin. Administróse, pues, al enfermo el santísimo Viático, que recibió con extraordinarios sentimientos de piedad, é hizo apaciblemente su accion de gracias: veinte minutos más tarde le sobrevino un desfallecimiento, y al momento los Padres, los Hermanos y las Hijas de María le rodearon para asistir á la sagrada Extremauncion. Antes de la ceremonia suplicó al P. Baur que se aproximase, y pronunció en alta voz las siguientes palabras:

—Estoy contento de morir; muero tranquilo. Me despido de todos y pido perdon á todo el mundo de los disgustos que hubiere ocasionado... Decid á mis padres y hermanos que me despido de ellos, y que estoy contento de morir en Africa. Decidles que rueguen por mí, y que yo pediré por ellos en el cielo, sí, mucho, mucho, por todo el mundo, por nuestras obras... Muero contento.

El P. Hacquard ya no se ocupó desde entonces sino en prepararse para el último momento. Complacíase en repetir los nombres de Jesús, María y José. A menudo interrumpia su oracion, diciendo estas palabras:

—¡Oh! ¡cuán bueno es morir religioso!

A las nueve y media de la mañana del jueves su debilidad aumenta rápidamente, y á las once un sudor frio cubre su frente: el P. Baur le da de nuevo la absolucion con la indulgencia *in articulo mortis*, y añade:

—¡Valor, mi querido Padre! Hé aquí vuestra cruz de misionero. Y el enfermo, con la energía que le caracterizaba, contestó:

—¡Sí, misionero!...

Momentos despues empezó la agonía, y á las once y media entregó el alma al Criador.

Los funerales tuvieron lugar el dia siguiente con toda la solemnidad posible. El cuerpo del difunto descansa en el cementerio á la derecha de la gran cruz. A su alrededor hay 21 sepulcros conteniendo los restos de los Hermanos y de las Religiosas que aguardan la señal de la resurreccion, y al lado algunos centenares de crucejitas, recuerdo de niños que hemos tenido el consuelo de preparar para el cielo. El Rdo. Hacquard es el primer Padre fallecido en Bagamoyo. ¡Quiera que por mucho tiempo sea el único!



Ilmo. IGNACIO HARCUS, patriarca siríaco de Antioquía. (Pág. 99).